

Post Scriptum

Los últimos años de Stalin

Isaac Deutscher

Apogeo y ruina de Stalin. El Plan Quinquenal de la posguerra. Los veinte millones de muertos. El nuevo terror. El control de Zhdanov sobre la intelectualidad. El comienzo de la guerra fría. Stalin rechaza el "Plan Marshall". La Kominform. Revolución en Checoslovaquia. El bloqueo de Berlín. La URSS rompe el monopolio nuclear norteamericano. La Revolución China: Stalin y Mao Tse-tung. La excomunión de Tito. La guerra de Corea y sus consecuencias. Resurgimiento del chovinismo gran-ruso. Stalin y los judíos. ¿Sufrió paranoia Stalin? Sus últimos pronunciamientos sobre lingüística y economía. El XIX Congreso. "La conjura de los médicos". El papel de Stalin revalorado. Su muerte.

Los últimos años de Stalin lo llevaron a su apogeo pero también a su ruina. El drama de su carrera se reiteró en el epílogo; y el escenario -tan enorme desde el principio- en que él desempeñó su papel, alcanzó dimensiones que podrían haber empequeñecido incluso a un hombre de mayor talla. El conflicto entre la Unión Soviética y sus aliados de guerra había abarcado ya la mitad del mundo; ahora la Revolución China consumó su triunfo, poniendo punto final al aislamiento de la Unión Soviética y al "socialismo en un solo país", y cubriendo con su sombra todas las dudosas revoluciones que Stalin había montado en Europa oriental. La Revolución China alteró de un golpe el equilibrio de poder en el mundo. Y convirtió al estalinismo, con su autosuficiencia nacional y su sagrado egoísmo, en un anacronismo insultante.

Al mismo tiempo, los cambios en la Unión Soviética iban minando al estalinismo, lenta pero seguramente, desde adentro. La nación volvía a vivir algunas de sus experiencias de los años treinta, pues la guerra había hecho retroceder y retardado su crecimiento y desarrollo. Stalin reinició los procesos de la "acumulación socialista primitiva". No pudo permitir al pueblo un momento de descanso después de los esfuerzos de la guerra. Tuvo que movilizarlo de nueva cuenta y extraerle la última onza de energía a fin de que rehabilitara las industrias destruidas o gastadas, y de que reconstruyera las veintenas de ciudades y poblaciones devastadas. Se enfrentó a la enorme fatiga del pueblo con su infatigable severidad. Volvió a disciplinarlo y regimenterarlo, imponiéndole de nuevo los más inclementes decretos de emergencia y códigos de trabajo, sometiéndolo al control policiaco ilimitado y extinguiendo todo brote de resistencia y herejía.

Sin embargo, no se trataba de una simple repetición de la historia. La nación no retrocedió a una fase pretérita de su existencia. Aunque había sufrido grandes pérdidas a pausa de la matanza y la devastación de la guerra, también había ganado nuevo terreno y nuevas ventajas, y su recuperación era vigorosa y rápida. La industrialización de las repúblicas y provincias orientales se había acelerado; los territorios al otro lado del Volga y de los Urales, donde se habían instalado los arsenales del Ejército Rojo desde la invasión alemana, sirvieron como base para la rehabilitación de la economía nacional, que también se vio auxiliada por las indemnizaciones de Alemania y otros países derrotados. Sobre todo, cultural y políticamente la nación no era lo que había sido. Ya hemos visto cómo su fibra moral fue enriquecida por las experiencias de 1941-45, y qué fermentos originaron en su mente tales experiencias. La continuada modernización de la sociedad y la educación de las masas intensificaron esos fermentos, aun cuando el estado de ánimo popular era, en el calamitoso ambiente de la posguerra, de profundo abatimiento.

Fiel a su costumbre, Stalin se propuso interceptar y amortecer las manifestaciones de una nueva conciencia social. Movido por su propia inseguridad y deseoso de perpetuar el molde "monolítico" en que había encerrado la vida de la nación, trató de revivir y repetir las pesadillas de las grandes purgas. No podía ver que, al fomentar la modernización de la sociedad y la educación de las masas, él mismo estaba "envenenando" la mentalidad popular y preparando a Rusia para un rompimiento con el estalinismo. Al no advertir la obsolescencia de sus métodos de gobierno y de sus dogmas, y al quedar rodeado por nubes cada vez más densas y cegadoras de incienso, se vio en sus últimos años más y más alejado de las realidades de su tiempo e incluso de su propio régimen.

Los herederos de Stalin, sus dóciles servidores mientras vivió, después de su muerte describieron con los colores más sombríos la lobreguez de sus últimos años y hablaron largamente sobre su insensibilidad ante los sufrimientos del pueblo, su falta de comprensión y su ineptitud. Hay mucha verdad en tales testimonios, pero éstos también contienen un elemento de parodia que tiene por objeto poner de relieve

las presuntas virtudes de sus sucesores. En la posguerra Stalin siguió actuando con aquella mezcla de valor y cobardía, de sabiduría de estadista e insensatez, agudeza y miopía que fueron características de toda su carrera; y en muchos aspectos sus tareas fueron ahora más sobrecogedoras que nunca.

El 9 de febrero de 1946, en un discurso "electoral", Stalin proclamó el primer Plan Quinquenal de posguerra y esbozó los objetivos principales de "tres o más Planes Quinquenales". Señaló que sólo después de haber alcanzado los objetivos de estos Planes lograrían por fin los pueblos de la URSS la auténtica prosperidad y seguridad. Debían seguir reconstruyendo su poder económico de suerte que al cabo de quince años aproximadamente, estuvieran produciendo 60 millones de toneladas de acero anuales, 500 millones de toneladas de carbón, 60 millones de toneladas de petróleo, y así sucesivamente. "Sólo entonces", dijo, "estaremos verdaderamente a salvo de cualquier sorpresa". Hablando sólo unos cuantos meses después que las primeras bombas atómicas estallaron sobre Hiroshima y Nagasaki, insinuó la nueva inseguridad a que el monopolio nuclear norteamericano había expuesto a Rusia, y exhortó al pueblo a enfrentarse al desafío norteamericano /1.

A muchas personas este ambicioso programa les pareció irreal. Los obreros a quienes Stalin se dirigía estaban hambrientos: el consumo urbano se había reducido a cerca de un 40 por ciento de lo que había sido en el año muy poco próspero de 1940. En las minas de carbón de la cuenca del Donetz, los hombres todavía estaban bombeando agua de los socavones; cada tonelada de carbón extraída representaba un tesoro. Las acerías, destartadas por el trabajo excesivo, producían sólo 12 millones de lingotes, una fracción de la producción norteamericana. Las fábricas de maquinaria eran operadas por trabajadores adolescentes y semicualificados. La gente se vestía con harapos; muchos iban descalzos. Casi parecía una burla exhortarlos a "alcanzar" a los Estados Unidos. Y, sin embargo, la URSS hubo de lograr los principales objetivos fijados por Stalin, incluso antes del plazo establecido. Las minas de carbón produjeron 500 millones de toneladas anuales al cabo de sólo doce años. La producción de petróleo llegó a los 60 millones de toneladas al cabo de nueve años. Y la industria del acero produjo sus 60 millones de toneladas a fines de la década de 1950. Durante el mismo periodo, la producción de cemento y la construcción industrial aumentaron más de cuatro veces; la utilización industrial de la electricidad por cada obrero se triplicó; y la producción de máquinas y máquinas-herramientas se elevó siete u ocho veces. La parte más considerable y difícil de este avance se logró durante los últimos años de la era de Stalin /2.

Simultáneamente se echaron los cimientos de la industria nuclear de Rusia. Esta empresa absorbió una gran parte de los menguados recursos del país. El capital invertido en todas las ramas de la industria entre 1946 y 1950 fue tan cuantioso como todas las inversiones hechas durante la campaña de inversiones de la preguerra, desde 1928 hasta el momento de la invasión nazi. Como siempre, Stalin se empeñó en el desarrollo de la industria pesada y las fábricas de armamentos; fijó objetivos sumamente modestos para las industrias de consumo, y aun éstos no se cumplieron. Y, una vez más, la enorme tarea de construcción se apoyó en una base agrícola de lo más débil. Durante la guerra, después que el enemigo se apoderó de los graneros más ricos de la nación, la producción agrícola en el resto del país descendió a menos de la mitad de lo normal. La primera cosecha de la posguerra no llegó en todo el país a más del 60 por ciento de las cosechas de la preguerra. Las reservas se agotaron; una gran parte del ganado había sido sacrificado; las máquinas y los tractores se hallaban en mal estado y su cantidad era insuficiente; e incluso las existencias de semillas se habían consumido. Además, no había suficiente mano de obra disponible para arar los campos que habían permanecido sin cultivar durante años.

Tal era la situación cuando, en 1946, una terrible sequía golpeó al país. Este fue, según un anuncio oficial, el peor desastre sufrido por la agricultura en más de medio siglo, desde 1891. Fue mucho más generalizada que las sequías y las tormentas de 1921, que destruyeron todas las cosechas en las tierras del Volga y llevaron a 36 millones de campesinos a una situación de hambre que dio lugar a brotes de canibalismo /3. El pueblo escuchó el anuncio con un estremecimiento, pues la calamidad de 1891 -un acontecimiento que apresuró la decadencia del zarismo- había asediado desde entonces la memoria popular. La crisis de 1946 reveló y agravó la endeble condición de toda la estructura agrícola. Las granjas colectivas

1/ *Pravda*, 10-11 de febrero de 1946; Stalin, *Rechí na Predvyborníkh Sobrannyakh...*, pp. 22-23.

2/ *Promyshlennost SSSR (Statisticheskii Sbornik)*, pp. 35, 39 sigs., 151, 154, 157, 161-163; *Bolshaya Sov. Encyclopedia*, vol. 50, 1957 (SSSR), pp. 290-296. 518.

3/ P. I. Liaschenko, *Istoriya Narodnovo Khozyaistva SSSR*, vol. III, pp. 578-579. * *KPSS v Rezolutsyakh*, vol. II, pp. 1038-1044.

se hallaban en un estado de semidisolución /4. Los campesinos se ocupaban más de las pequeñas parcelas que aún poseían como propiedad privada que de los campos que poseían en común; con la ayuda del producto de esas parcelas, que vendían a altos precios, complementaban los escasos ingresos del *koljós*. Durante la guerra, la población dedicada a la agricultura había trabajado como esclavos para mantenerse viva, para aprovisionar a las fuerzas armadas, para sufragar los empréstitos de guerra y para enviar alimentos a los padres, hermanos y maridos en el frente. Cuando terminó la guerra pocas familias vieron regresar a sus hombres a las aldeas. El campesinado había perdido su elemento humano más vigoroso y productivo; durante la década de la posguerra, viejos, inválidos, mujeres y niños cultivaron los campos.

Este fue el aspecto más trágico del triunfo militar de Rusia: veinte millones de sus ciudadanos perdieron la vida en la guerra. Stalin ocultó cuidadosamente la magnitud de la pérdida: la lista oficial de muertos ofreció la cifra de siete millones. Cada familia sabía, por supuesto, cuánto le había costado la matanza a ella y a sus vecinos. Lo que Stalin le impidió a la nación fue sumar las listas de bajas. Temía el efecto de ello en la moral nacional, e intuyó en la situación un peligro para él mismo: si hubiese permitido que la población se enterara del monto de la sangría, aquélla habría insistido mucho más de lo que insistió en conocer todas las circunstancias que la habían provocado, incluidos los errores y cálculos incorrectos del propio Stalin. Este tampoco quería que sus aliados de guerra, convertidos ahora en enemigos potenciales, supieran cuán debilitada y exhausta había salido Rusia del holocausto; aun sus sucesores vacilaron durante muchos años antes de revelar los datos: el país tuvo que esperar casi una década y media, hasta 1959, el primer censo de la posguerra. Este demostró que en los grupos de edad mayores de dieciocho años al término de las hostilidades -los grupos de edad que habían combatido en la guerra- sólo quedaban 31 millones de hombres en comparación con 52 millones de mujeres /5. Entre los supervivientes había millones de mutilados e inválidos; y también, por supuesto, millones de viejos. Toda una generación había perecido, y su sombra oscureció la paz para Rusia.

Extraer de la menguada fuerza de trabajo de la nación el máximo de energía productiva tenía que ser el primer propósito de cualquier política encaminada a impedir que la nación cayera en la inerte contemplación de sus heridas. El peligro era absolutamente real. El gobierno de Stalin procedió a mantener empleados a los millones de mujeres y adolescentes reclutados por la industria durante la guerra, y a reclutar más millones aún. Los viajeros occidentales que visitaban las ciudades rusas y ucranianas, escenarios de batallas recientes, informaban, a veces con equivocada indignación, que en todas partes veían mujeres de edad avanzada dedicadas a la durísima tarea de limpiar de escombros incontables calles y plazas públicas. En realidad las mujeres constituían casi la tercera parte de la mano de obra empleada en la construcción; en las ramas de la industria más afines a ellas, formaban las dos terceras y hasta las cuatro quintas partes de la fuerza de trabajo, y, en promedio, el 51 por ciento de los empleados en la economía urbana y el 57 por ciento de los empleados en la agricultura eran mujeres. Todas las restricciones legales al empleo de mano de obra juvenil fueron descartadas. Las largas jornadas de trabajo instituidas en vísperas de la guerra, con una semana de 48 horas como mínimo, permanecieron en vigor, junto con la draconiana disciplina industrial, bajo la cual los obreros estaban sujetos a deportación a los campos de concentración por las faltas más triviales. Sólo de esta manera fue posible aumentar el empleo urbano en los primeros cinco años de paz en 12 millones, de suerte que en 1950 el número de obreros y empleados sobrepasaba por 8 millones al de 1940 /6. Nadie estaba en libertad de elegir o cambiar de empleo: el Estado disponía de poder ilimitado para dirigir la mano de obra. Stalin sostuvo hasta el fin la campaña contra el "igualitarismo pequeño-burgués", fomentó la competencia stajanovista y puso en vigor tipos de salario diferenciales y a destajo para mantener o aumentar las discrepancias entre las recompensas.

No era fácil calibrar el estado de ánimo con que el pueblo respondía a las duras exigencias de Stalin, ni era fácil decir cuáles de éstas estaban justificadas por las necesidades nacionales y cuáles eran imposiciones arbitrarias. Lo que resultaba notable era cuánto valor heroico y cuánta docilidad pusilánime coexistían lado a lado en el carácter soviético. Los sobrevivientes de la batalla de Moscú y del sitio de Leningrado y los vencedores de Stalingrado y Berlín habían regresado a sus hogares sintiéndose capaces de enfrentarse

4/ KPSS v Rezolutsyakh, vol. II, pp. 1038-1044.

5/ SSSR v *Tsifrukh v 1961 g.*, pp. 34-35. Una cierta falta de equilibrio en la población había existido ya como resultado de la pérdida de recursos humanos en la primera Guerra Mundial, la guerra civil y en los años de las purgas y las deportaciones en masa. Antes de 1941, sin embargo, la proporción entre hombres y mujeres en los grupos de edad examinados aquí era de 9 a 10; en 1946 era aproximadamente de 6 a 10, aun cuando muchas mujeres habían perecido en la guerra y bajo la ocupación nazi.

6/ SSSR v *Tsyfrakh v 1961 g.*, pp. 310, 313.

a cualquier tarea o dificultad que les deparara el futuro. En medio de sus recientes ordalías muchos habían reflexionado sobre las miserias de su existencia nacional, la pobreza y la opresión que habían tenido que soportar en tiempos de paz; y muchos habían resuelto no someterse a ellas una vez más, sino esforzarse al máximo y hacer de Rusia un país más feliz y más libre. Pero no les resultó fácil, ni siquiera posible, obrar a base de esa resolución. Viendo las ruinas de sus ciudades y la tierra abrasada de sus aldeas, comprendieron que tenían que aceptar una pobreza más opresiva aún que aquella a la que habían estado acostumbrados, y que sólo con el trabajo agotador podrían reconstruir los cimientos mismos de su existencia nacional. Y a menudo, en efecto, no estaban en condiciones de discernir cuáles de los decretos de Stalin respondían al interés común y cuáles beneficiaban sólo a su autocracia. Así los motivos más estimables e incluso más nobles impulsaban a hombres valerosos a convertirse nuevamente en sumisos sirvientes de Stalin. Los instintos y los hábitos de la obediencia operaban poderosamente, pues los recuerdos del gran terror de los años treinta oprimían aún las mentes de todos, excepto las de los muy jóvenes. Stalin hizo todo lo que pudo por mantener vivos o por revivir esos recuerdos.

Dondequiera que su ojo suspicaz advertía el más leve desafío a su autoridad, infligía castigo. Los campos de concentración en el extremo norte y en Siberia volvieron a llenarse. Los nuevos reclusos eran oficiales y soldados que habían vivido, como prisioneros de guerra, años terribles en los campos alemanes. Apenas volvieron a cruzar la frontera de su país, fueron sometidos a interrogatorios; y sin que se les permitiera ver siquiera a sus familias, fueron encarcelados y deportados. Lo mismo les sucedió a muchos de los civiles que el enemigo había movilizado en las provincias ocupadas como trabajadores forzados en Alemania. Todos fueron calificados de traidores: los soldados por haber desobedecido las órdenes de Stalin, según las cuales no debían haberse dejado capturar vivos por el enemigo, y los civiles por haber colaborado con el enemigo. No importaba que las órdenes de Stalin hubiesen sido impracticables, que millones de soldados se hubiesen visto obligados a incumplirlas y que hubiesen pagado con creces la "violación de la disciplina" con el tormento que sufrieron en el cautiverio. Aun sobre la base del cálculo más cínico, el castigo que Stalin les impuso era absurdo, pues menguó más aún los recursos humanos de la nación. Sin embargo, ya desde antes del cese de las hostilidades Stalin había ordenado la deportación de nacionalidades enteras acusadas de traición: los tártaros de la Crimea y los ingush-chechenes, al igual que los alemanes del Volga antes que ellos, se habían visto obligados a abandonar su suelo natal para establecerse en los desiertos siberianos. "Los ucranianos", dice Jruschov, "no corrieron la misma suerte sólo porque eran demasiados..." Sin embargo, muchos de ellos que colaboraron, o incurrieron en sospechas de haber colaborado con el enemigo, fueron sentenciados a largos años de servidumbre ⁷.

La furiosa ira de Stalin estalló sobre la población no sólo para castigar sus transgresiones pasadas, sino para ahogar cualquier nuevo impulso de desobediencia. Las rigurosas sentencias y las deportaciones en masa tenían por objeto contener a aquellos que habían regresado de la guerra con ideas audaces en cuanto a cambios y reformas necesarias en el país. Y Stalin actuó una vez más "con base en el principio de que no bastaba con golpear a sus adversarios reales; destruyó de raíz el medio ambiente que los había formado". Con todo, ni siquiera su policía política fue capaz en ocasiones de controlar el flujo y el caos, de penetrar las corrientes humanas en marcha, los millones de evacuados y de soldados desmovilizados que regresaban a sus antiguos hogares o buscaban otros nuevos. Tampoco fue siempre capaz de contener el valor nacido de la desesperación, que súbitamente estallaba en violencia. En las provincias que habían sido ocupadas por los nazis, la propaganda de éstos había causado cierta impresión, aun cuando los ocupantes despertaron el odio de la población. En la Ucrania occidental, que había sido reanexada sustrayéndola a la soberanía polaca, bandas armadas de nacionalistas ucranianos operaban desde las montañas y los bosques de los Cárpatos, obstruían el restablecimiento de la autoridad soviética y propagaban el terror. También en las regiones orientales de Ucrania había agitación. Pandillas de ex colaboradores y saqueadores recorrían la estepa; y aun la población asentada y pacífica expresaba sentimientos antirrusos y antijudíos. El estridente chovinismo gran-ruso de Moscú exacerbaba los chovinismos locales, nunca adormecidos, de las repúblicas vecinas. Para mitigarlos, Stalin atenuaba de cuando en cuando la propaganda gran-rusa, pero nunca por mucho tiempo. Su actitud contradictoria correspondía a las divisiones en su burocracia y en el pueblo en general, divisiones que él no dejaba cristalizar y que diluía hasta donde le era posible. El conflicto entre la tradición y la revolución sobrevivió a la guerra y fue haciéndose más in-

⁷/ Muchas novelas y obras teatrales de los años posteriores a Stalin describen estas actitudes y condiciones.

tenso. Los "dos partidos" coexistían aún dentro del monolito estalinista: uno de ellos sensitivo a la tradición leninista y su internacionalismo proletario, y el otro propenso al orgullo y al prejuicio gran-rusos e incluso a las tradiciones de las Centurias Negras y los pogromos /8.

El malestar ideológico era más agudo en las filas de la intelectualidad. Aun bajo un régimen monolítico-totalitario, los impulsos creadores de los escritores, artistas, filósofos e historiadores tenían que aflorar y chocar con el conformismo oficial, y tenían que expresar, aunque fuera débilmente, la diversidad real del pensamiento y el sentimiento nacionales. De ahí el trágico y tragicómico estira y afloja entre Stalin y los intelectuales que llena estos años. Por más que la intelectualidad tratara de alinearse con la ortodoxia, a menudo se veía abrumada por la tensión entre los elementos contradictorios del estalinismo, y no lograba combinarlos de acuerdo con las misteriosas y evasivas prescripciones del amo. Un célebre poeta ucraniano se veía de repente acusado de dar expresión al "chovinismo local"; historiadores prestigiosos eran castigados por menospreciar la naturaleza progresista de la conquista del Cáucaso y el Asia Central por el zarismo; un popular escritor satírico era tachado de nihilista; los filósofos incurrieron en falta por glorificar indebidamente la ascendencia hegeliana alemana del marxismo; grandes compositores eran denunciados por su altivez y falta de sensibilidad hacia la música popular, amada por Stalin; los críticos literarios eran acusados de violar los cánones del realismo socialista, etcétera. La intelectualidad tenía que transitar por un estrecho sendero entre los precipicios del nacionalismo y el "cosmopolitismo desarraigado". Stalin encargó a Andréi Zhdanov, miembro de su Politburó y gobernador de Leningrado, el mantenimiento del orden entre los ideólogos y el castigo de los extraviados. El breve periodo de la censura de Zhdanov sobre las artes y la literatura -él murió en el verano de 1948- habría de ser recordado durante mucho tiempo por la intelectualidad como una de las peores calamidades que tuvo que soportar /9.

Los sucesos de Zhdanov, sin embargo, afectaron directamente sólo a la capa superior de la sociedad. Más abajo, los obreros y los campesinos se hallaban completamente desarticulados. ¿Habría sido ése el caso si la guerra no los hubiese diezmado tan brutalmente? En un periodo de treinta años el pueblo soviético había perdido repetidamente, en la guerra, las luchas intestinas, las purgas y las hambres, sus elementos más activos, inteligentes y abnegados, aquellos que se habrían esforzado por salvaguardar el legado de la revolución contra el despotismo autocrático. Ahora, la mitad de la clase obrera se componía de hombres de edad madura y avanzada que habían conocido y experimentado demasiados sufrimientos para mantener un espíritu de militancia, y la otra mitad estaba formada por adolescentes que habían vivido y comprendido demasiado poco para poseer una mentalidad política propia. El silencio de la generación perdida en la guerra hacía sentir su peso sobre la conciencia de la clase entera. El campesinado sufría una depresión y una pasividad todavía mayores. Intimidada, absorbida por el trabajo de recrear las condiciones materiales más elementales de su existencia, la masa del pueblo renunció a toda aspiración política y se encerró en la vida privada. La pérdida de los grupos de edad joven, madura y viril tuvo también otras consecuencias que apenas han sido mencionadas, pues ¿cómo ha de describirse el efecto que el déficit en el equilibrio de la población, la ausencia de 21 millones de hombres, tuvo en las relaciones familiares y en la vida sexual de un enorme sector de la sociedad? Este trastorno en la estructura biológica de la nación fue una causa más de su inestabilidad psicológica y su atrofia sociopolítica.

Tal era el estado de la URSS durante las primeras fases de la guerra fría. En marzo de 1946, en su famoso discurso de Fulton, Winston Churchill había dado la voz de alarma acerca del "creciente desafío y peligro para la civilización" que representaban las "quintas columnas comunistas", el peligro de "un retorno al oscurantismo, a la Edad de Piedra". Nadie sabía, declaró, "lo que la Rusia soviética y su organización comunista internacional se proponen hacer en lo futuro, ni cuáles son los límites, si alguno existe, de sus tendencias expansionistas y proselitistas". Y cuando Churchill exhortó a los Estados Unidos a conservar su superioridad en armas nucleares y a apoyar a los pueblos de Europa oriental en su resistencia al comunismo, oleadas de temor y pánico empezaron a barrer el mundo. La imagen de hordas rojas listas a lanzarse sobre los pueblos libres del Occidente fue presentada a la ima-

8/ Véase Capítulo XII, pp. 444-449; y E. Evtushenko, *Autobiografía precoz*, pp. 86 sigs.

9/ La campaña de Zhdanov comenzó en el verano de 1946 con ataques a las revistas literarias de Leningrado, a Zóschenko, Ajmátova y otros escritores, y con una resolución del Comité Central que reprendía a los directores de los principales teatros por representar obras "impropias". *Pravda*, 21 de agosto de 1946; *Bolshevik*, núm. 16, 1946; *VKP y Reiolutsyakh*, pp. 1028-1037.

ginación de europeos y norteamericanos. En Rusia, el hombre de la calle experimentó la sensación de que "las bombas atómicas podían empezar a caer antes de la medianoche".

Stalin, sabiéndose sumamente débil, decidió maniobrar a base de una aparente serenidad, confianza en sus propias fuerzas y poder. Ya se había retirado, bajo presión anglo-norteamericana, del norte de Persia, que sus tropas habían ocupado conforme a un acuerdo de tiempos de guerra con la Gran Bretaña. No había logrado obtener una base naval en los Dardanelos, un premio que los aliados occidentales de Rusia le habían prometido durante la guerra y le negaron en la paz. Ahora parecía que esos aliados trataban de reducir o de eliminar la influencia de Rusia en los Balcanes y Europa oriental también. En el verano de 1946, la Conferencia de Paz en París se convirtió en una batalla política por el control de la cuenca del Danubio. La diplomacia de Stalin luchó tenazmente y venció, porque los ejércitos rusos ocupaban la región y porque la diplomacia occidental todavía no estaba del todo preparada para responder al grito de batalla de Churchill. Y cuando, en septiembre, Churchill propugnó abiertamente un trastrueque de alianzas exhortando a las "razas germánicas" a que dejaran de "destrozarse entre sí", y pidiendo a Francia y Alemania que se "asociaran" mientras "vivían extraña y precariamente bajo el escudo y... la protección de la bomba atómica norteamericana", aun entonces Stalin respondió que en su opinión "las posibilidades de cooperación pacífica" entre Rusia y sus antiguos aliados "lejos de disminuir podían incluso aumentar". Para refutar las palabras de Churchill sobre "la expansión comunista", le aseguró al Occidente que él, Stalin, creía que era posible construir no sólo el socialismo, sino hasta el comunismo, en un "solo país" /10. A principios de 1947, todavía dudó si debía llevar a cabo su "revolución desde arriba" en Europa oriental, donde aún toleraba partidos no comunistas en los gobiernos y concedía cierto margen a los intereses capitalistas. Habiendo llegado a un acuerdo con las potencias occidentales en cuanto a los tratados de paz con Italia y los Estados balcánicos, pensó que tal vez aún podría llegar a un acuerdo similar en cuanto a Alemania. El asunto figuraba en el temario de una conferencia de ministros de Relaciones Exteriores que se reunió en Moscú el 10 de marzo, de 1947.

La conferencia había sesionado durante dos días solamente cuando la esperanza de un acuerdo fue destruida de un golpe. El 12 de marzo el Presidente de los Estados Unidos leyó, en una sesión conjunta de las dos cámaras del Congreso norteamericano, un mensaje que habría de convertirse en el texto de la llamada Doctrina Truman. Esta fue la declaración formal, por parte de Norteamérica, de la guerra fría, que se había venido librando hasta entonces en forma intermitente y no declarada. La ocasión fue la crisis en Grecia, donde al cabo de dos años y medio de guerra civil, un gobierno monárquico, apoyado con armas y subsidios por los británicos, se había mostrado incapaz de dominar a las guerrillas que luchaban en el país. Los británicos, cuya economía se hallaba en crisis, no podían continuar la intervención y estaban a punto de retirarse; el presidente Truman anunció entonces que los Estados Unidos se disponían a ocupar la brecha para impedir que Grecia sucumbiera al comunismo. Si todo se hubiese reducido a esto, la decisión norteamericana no habría inquietado mayormente a Stalin, quien en Yalta se había lavado las manos por lo que tocaba a Grecia, no había ayudado ni alentado a los insurgentes griegos, e incluso veía con malos ojos a los comunistas yugoslavos que los auxiliaban /11. El presidente Truman, sin embargo, se pronunció también contra la aspiración de Rusia a poseer una base en los Dardanelos y anunció su propósito de financiar y armar a los turcos. Más aún, proclamó que de entonces en adelante su gobierno apoyaría a cualquier nación que opusiera resistencia al comunismo, y que "casi todas las naciones" tenían el deber de resistir. Así, el gobierno de los Estados Unidos se comprometía a intervenir contra cualquier revolución comunista en cualquier lugar del mundo, y condenaba de antemano al gobierno soviético como instigador de tales revoluciones.

El efecto fue instantáneo. La conferencia de ministros de Relaciones Exteriores se dispersó en medio de airadas recriminaciones. Al cabo de unas cuantas semanas, los partidos comunistas de Francia e Italia fueron expulsados de los gobiernos de coalición en que, siguiendo las instrucciones de Stalin, habían participado como dóciles socios menores, esforzándose por atenuar el estado de ánimo revolucionario de la clase obrera en sus respectivos países. Fue un secreto a voces que la influencia norteamericana fue determinante en la exclusión de los comunistas. Poco después el general Marshall, Secretario de Estado norteamericano, hizo público su Plan, que ofrecía ayuda económica a todos los gobiernos cuyos países luchaban contra la pobreza y el caos legado por la guerra. El Plan resultaba sumamente atractivo

10/ Véanse las respuestas de Stalin a las preguntas de Alexander Werth, *The Sunday Times*, 24 de septiembre de 1946.

11/ Dedijer, *Tito Speaks*, p. 331.

incluso para los comunistas en Europa oriental. El propio Stalin debe de haber vacilado por un momento; y antes de que terminara junio envió a Molotov y a un gran número de expertos a París para que determinaran qué beneficio podría reportarle el Plan, en dado caso, a Rusia. La investigación reveló que, para poder obtener ayuda, la Unión Soviética tendría que presentar un informe sobre sus recursos económicos; y, según los expertos soviéticos, los norteamericanos exigían condiciones que perjudicarían a la URSS en su planificación económica y a los gobiernos de Europa oriental en la nacionalización de sus industrias. Además, los norteamericanos estaban decididos ahora a rehabilitar la economía de Alemania occidental y a desechar las reclamaciones de Rusia, Polonia y Checoslovaquia contra Alemania por daños de guerra /12.

Stalin no podía menos que rechazar esas condiciones. No podía acceder a presentar al Occidente un informe sobre los recursos económicos soviéticos, en el que habría tenido que revelar el terrible agotamiento de Rusia y el enorme déficit de sus recursos humanos que le estaba ocultando incluso a su propio pueblo. Y Stalin no sólo estaba empeñado en encubrir la debilidad de Rusia; temía la penetración económica norteamericana en Europa oriental y aún en Rusia, que habría dado ímpetu a todas las fuerzas anticomunistas allí y habría fomentado la contrarrevolución. Pese a que sus razones eran válidas, sus acciones fueron abruptas y torpes: rechazó la oferta norteamericana en forma sumaria, sin demostrar que las condiciones de ésta eran realmente inaceptables para cualquier gobierno anticapitalista; y en su ansiedad por ocultar la debilidad de su posición, se comportó con una brutalidad tan ofensiva que, a los ojos de la mayor parte del mundo occidental, fue él quien se hizo acreedor a la condenación no sólo por rechazar la ayuda, sino por empujar al mundo devastado por la guerra al borde de una nueva contienda.

El contraste entre la inmensa riqueza de Norteamérica y la absoluta pobreza de Rusia proyectó otra profunda sombra sobre esos años y determinó la política de Stalin. El hecho de que el gobierno norteamericano estuviera apoyando su campaña anticomunista con su poderío económico era mucho más importante que sus actos de intervención militar. Sin embargo, la Doctrina Truman tenía también consecuencias militares inmediatas. La amenaza de guerra que entrañaba resultaba incalculable en virtud del monopolio nuclear norteamericano. Si la amenaza no se materializó, ello se debió en parte a que no era fácil levantar contra Rusia a los pueblos del Occidente, que aún recordaban los insinceros homenajes que sus estadistas habían rendido tan recientemente a su aliado ruso, y en quienes aún alentaba la admiración por los defensores de Moscú, Stalingrado y Leningrado, y la gratitud por lo que éstos habían hecho para maniatar a las fuerzas de Hitler en el frente oriental y darle un respiro al Occidente.

Habría de pasar cierto tiempo antes de que una sucesión de crisis, alarmas y sobresaltos, en los que el comunismo era invariablemente presentado como el villano que perturbaba la paz del mundo, transformara el estado de ánimo popular en el Occidente y lo volviera contra Rusia. Mientras tanto, los Estados Unidos se habían desmovilizado; su pueblo había clamado por el retorno de las tropas que se hallaban en Europa; y sus generales y diplomáticos confiaban en que su monopolio nuclear les aseguraba una superioridad duradera sobre Rusia. La suposición de que Rusia, incapaz de romper ese monopolio en un futuro cercano, tendría que ceder a la presión norteamericana, era también uno de los fundamentos de la Doctrina Truman. Stalin replicó con su determinación de quebrantar el monopolio norteamericano a cualquier precio y lo antes posible. Pero antes de que pudiera lograrlo, había reducido sus fuerzas armadas de H y medio millones de hombres a menos de 3 millones. Desde comienzos de 1948 empezó a aumentar la magnitud de sus dispositivos militares hasta que, a principios de la década de los cincuenta, tuvo a más de 5 millones y medio de hombres sobre las armas /13. Es obvio que esa movilización representó una tremenda sangría para la economía soviética y sus recursos humanos. Pero la superioridad soviética en armas convencionales era la única respuesta que Stalin podía dar a la supremacía nuclear norteamericana. Él difirió cualquier posible amenaza de un ataque nuclear a Rusia mediante la contraamenaza implícita de una invasión soviética de Europa occidental, invasión que las potencias de la Alianza del Norte del Atlántico no estaban en condiciones de detener. Así, el espantajo que el Occidente había agitado para justificar la Doctrina Truman -las hordas rojas que amenazaban a Europa- adquirió cierta realidad, pero sólo como consecuencia de la proclamación de la Doctrina Truman. Stalin

12/ Véanse Walter Bedell Smith, *My Three Years in Moscow*, capítulo X; V. M-Molotov, *Voprosy Vneshnei Politiki*, pp. 345-363 *et passim*; George F. Kennan, *Russia and the West*, capítulo XXV *et passim*; y D. F. Fleming, *The Cold War*, vol. I, capítulos XIV-XVII.

13/ *Malaya Sov. Encyclopaedia*, 1960, vol. VIII, p. 922. Estas cifras fueron publicadas siete años después de la muerte de Stalin, cuando de seguro no fueron dadas a conocer como propaganda para éste.

no tenía intenciones de mover sus ejércitos más allá de la línea de demarcación convenida en Europa. Pero estableció un relativo equilibrio de poder, o, para usar un término que se puso de moda más tarde, un equilibrio de disuasiones. En esta etapa inicial, el equilibrio quedó establecido entre dos elementos diferentes de fuerza militar: las armas nucleares por una parte y las convencionales por la otra.

Detrás de su escudo militar, Stalin aceleró la revolución en Europa oriental. Si el poderío económico de Norteamérica le permitía a Washington ejercer un control político indirecto y discreto sobre sus aliados de Europa occidental, Rusia podía imponerse en Europa oriental sólo por medio del control político directo y la fuerza sin disfraz. La impresión que causó la oferta de ayuda del Plan Marshall incluso en Europa oriental puso de manifiesto cuán favorable era allí el terreno para la penetración norteamericana. Los remanentes de la burguesía polaca, húngara y alemana oriental, y grandes sectores del campesinado individualista, oraban por la aniquilación atómica de Rusia y el comunismo. La clase obrera sufría hambre. La contrarrevolución aún podía reunir fuerzas considerables. Ciertamente era que en Yugoslavia, Checoslovaquia y Bulgaria el comunismo seguía siendo abrumadoramente popular, pero en el resto de Europa oriental era débil o, cuando menos, incapaz de mantener sus posiciones con sus propios recursos. Stalin resolvió ahora instaurarlo irrevocablemente; y así, mientras los comunistas eran expulsados de los gobiernos de Italia y Francia, él se encargó de que los anticomunistas fueran excluidos de los gobiernos de Europa oriental... y reprimidos. Estableció el sistema unipartidista en toda la esfera soviética de influencia. Y envió a sus plenipotenciarios, expertos administrativos, generales y agentes policíacos a instruir y supervisar a los partidos y gobiernos comunistas locales y a imponerles una sola política y una sola disciplina.

Mientras se entregaba a esta reorganización política, decidió galvanizar los residuos de la antigua Internacional Comunista, que había disuelto en 1943. Fundó la llamada Kominform en septiembre de 1947, con el fin de unificar la acción comunista en Europa oriental e imprimir un nuevo sesgo a la línea política de los partidos comunistas de Europa occidental. Al igual que en los días de la Komintern, él se mantuvo en el trasfondo. Delegó en Zhdanov y en Malenkov la tarea de orientar la conferencia fundadora de la Kominform, en la que sólo estuvieron representados el partido soviético, los de Europa oriental, el francés y el italiano. Tan poco pensó Stalin en convertir la Kominform en un instrumento genuino de la revolución internacional, que no les pidió a los comunistas chinos y a los de otros países de Asia que ingresaran en la nueva organización. Su principal preocupación, fuera de la "esfera de influencia" soviética, consistía en ajustar las líneas políticas de los comunistas franceses e italianos a las nuevas necesidades de su diplomacia. En la conferencia fundadora, Zhdanov censuró a los franceses e italianos por permitir que la inercia gobernara su conducta, por colaborar con la burguesía de sus países y por su actitud sumisa frente a los católicos y los socialdemócratas, líneas políticas y actitudes que fueron admirables para Moscú mientras duró la Gran Alianza, pero perniciosas en la guerra fría.

Irónicamente, fueron los yugoslavos, Kardelj y Djilas, quienes con mayor vehemencia apoyaron la nueva línea de Stalin y Zhdanov. "Si los partidos obreros se hunden en el parlamentarismo, todo habrá terminado... Hemos visto en el movimiento obrero internacional una tendencia hacia una nueva revisión del marxismo-leninismo, una nueva desviación... amonestó Kardelj a los franceses e italianos. El nuevo revisionismo, explicó, podía hallarse en la esperanza que ponían Togliatti y Thorez en una nueva época de acción parlamentaria pacífica y en su actitud sumisa frente al Vaticano y De Gaulle. "El Partido Comunista italiano", añadió Djilas, "ha tardado demasiado en captar el sentido de la política norteamericana. De ahí su consigna: 'Ni... Washington ni Moscú'. Sin embargo, es claro que sin Moscú no puede haber libertad ni independencia nacional". Djilas fue más categórico aún: "El hecho esencial... es la ambición norteamericana de dominar el mundo. Esto constituye... una amenaza mayor aún que el fascismo... El Partido francés ha cedido paso a paso a la reacción y ha permitido la desbandada y el desarme de la Resistencia". Sin embargo, el Kominform no ofrecía a sus miembros europeos occidentales ningún plan de acción revolucionaria, para la cual, después de haber perdido sus oportunidades en 1944-46, de todos modos era demasiado tarde. De los partidos francés e italiano tan sólo se esperaba que obstruyeran la puesta en práctica de la Doctrina Truman y el Plan Marshall; e incluso esto lo hicieron débil e incoherentemente /14.

14/ Véase Eugenio Reale, *Avec Jacques Ducloux au bañe des accusés*, la versión ofrecida por un participante italiano en la conferencia constituyente de la Kominform. Reale resume los discursos de Kardelj y Djilas a base de los apuntes tomados en la misma conferencia (pp. 129-150). Su versión ha sido confirmada por fuentes yugoslavas: Dedijer, *op. cit.*, pp. 302-306, y Dulas, *Conversations with Stalin*, pp. 100-101.

Mientras tanto, Stalin iba imponiendo un estado de sitio a los países de Europa oriental. Mediante instrumentos especiales como las compañías de capital mixto soviético-húngaras, soviético-rumanas y soviético-búlgaras, logró el control de la economía de esos países. Polonia, Alemania oriental, Hungría, Checoslovaquia y Rumania enviaban a Rusia su carbón, máquinas, bauxita, petróleo y trigo, como indemnizaciones por daños de guerra o bien a precios sumamente bajos, mientras sus propios pueblos sufrían escasez y pobreza. A medida que los partidos de oposición eran suprimidos uno tras otro, el descontento popular quedaba privado de portavoces. Un reinado del terror ahogó todo grito o murmullo de protesta. Los administradores e ingenieros soviéticos supervisaban las industrias de Europa oriental, los generales soviéticos mandaban algunos de sus ejércitos, y la policía soviética dirigía sus órganos de seguridad.

A comienzos de 1948, sólo Checoslovaquia, entre todos esos países, no se conformaba aún a la nueva norma. En todo momento desde 1945 Moscú había insistido en que los comunistas checos se abstuvieran de la acción revolucionaria. Sin embargo, Checoslovaquia había salido de la guerra en una condición verdaderamente revolucionaria, con su clase obrera armada y clamando por el socialismo, y con su Partido Comunista favorecido, en elecciones libres, casi por el 40 por ciento de los votos. Los sentimientos pro-rusos de los checos eran genuinos, arraigados en la tradición nacional y, desde la crisis de Munich, fortalecidos por el resentimiento frente al Occidente. Ello no obstante, durante casi tres años, aunque, el país era gobernado por un régimen cuyo primer ministro, Gottwald, era comunista, Checoslovaquia siguió viviendo en una democracia burguesa, el presidente era Eduard Benes; Jan Masaryk era ministro de Relaciones Exteriores; y el gobierno dependía del voto parlamentario de los comunistas, liberales y socialdemócratas. Este régimen no pudo sobrevivir al embate de la guerra fría. Benes y Masaryk se esforzaron por mantener una actitud neutral; pero eran esencialmente "hombres de Occidente" y se habían mostrado, al igual que el mismo Gottwald, dispuestos a aceptar la oferta norteamericana de ayuda.

Aquí existía claramente una brecha en las defensas de Stalin; y los comunistas checos tenían que cerrarla. En la última semana de febrero de 1948 llevaron a cabo la revolución que tanto habían pospuesto y tomaron el poder. A diferencia de otras transformaciones en Europa oriental, ésta tuvo las características de una revolución desde abajo, aun cuando el momento de su realización fue determinado por la conveniencia de Stalin. Los comunistas hicieron triunfar la revolución gracias a sus propias fuerzas, apoyados por la gran mayoría de los obreros; sólo tuvieron que hacer desfilar sus milicias armadas por las calles para frustrar cualquier acción contrarrevolucionaria. Hacía mucho que las fuerzas soviéticas de ocupación habían abandonado el país; y el solo temor de su regreso bastó para paralizar a los partidos burgueses. Gottwald pudo permitirse incluso la observancia de las reglas del juego parlamentario: los ministros burgueses, con la esperanza de diferir o de impedir la revolución, renunciaron atolondradamente a sus puestos y dejaron el aparato administrativo en manos de los comunistas; a continuación Gottwald y sus camaradas lograron presionar a los vacilantes y divididos socialdemócratas, que volvieron a unirse a ellos y formaron una nueva mayoría parlamentaria. Benes y Masaryk, abrumados y deprimidos por la evidencia del apoyo popular a la revolución -las calles de Praga estaban llenas de obreros armados que marchaban hacia las sedes del gobierno- se inclinaron ante los vencedores. Pocos días más tarde, sin embargo, Masaryk fue hallado muerto al pie de una ventana abierta en su Ministerio, y nunca pudo determinarse si había saltado desde esa ventana o si lo arrojaron por ella.

No bien acababa de triunfar esta revolución, Stalin tuvo que ocuparse de otra brecha, más peligrosa aún, en sus defensas. En ninguna otra parte era más intenso el conflicto entre las potencias que en Alemania; y en ninguna otra parte se manifestaba más agudamente que en Berlín. Allí, el contraste entre la riqueza norteamericana y la pobreza rusa estaba brutalmente expuesto a la vista de todos. Mientras los Estados Unidos y la Gran Bretaña inyectaban ya ayuda económica a Alemania occidental, Rusia seguía extrayendo de Alemania oriental los recursos que necesitaba para su reconstrucción. Para los propagandistas antisoviéticos era sumamente fácil presentar este resultado de la guerra, y de largos y complejos procesos históricos anteriores, como la puesta a prueba de los sistemas socio-político opuesto, alegando que el capitalismo occidental generaba prosperidad y libertad que el comunismo ruso sólo podía vivir mediante la expropiación y la esclavitud en tanto que el comunismo ruso sólo podía vivir mediante la expropiación y la esclavitud. Nadie estaba más dispuesto a tragarse tal propaganda burda que los alemanes, quienes resentían las indemnizaciones que tenían que pagar y sus humillaciones a manos de los rusos, y quienes deseaban ahora ávidamente escapar a las peores consecuencias de la derrota ingresando en el

campo occidental. Stalin, impaciente por poner fin a la constante confrontación de la debilidad y la impopularidad de Rusia con la riqueza norteamericana y sus atractivos, había erigido ya la "cortina de hierro" a través de Alemania. Pero 200 kilómetros detrás de esa cortina, en la antigua capital del Reich, la confrontación se repetía un día tras otro; y cada día se hacía más ruda, más llamativa y más explosiva. A Stalin, como a la mayoría de los rusos, tenía que resultarle irritante ver su poder y su prestigio constantemente desinflados y ridiculizados en la ciudad que sus ejércitos habían conquistado sin ayuda, y en la que había admitido a sus aliados occidentales en aquellos lejanos días en que todos contemplaban un futuro dominio conjunto sobre Alemania.

De ese condominio apenas quedaban rastros ahora: Stalin les había negado a las potencias occidentales cualquier participación en los asuntos de Alemania oriental, del mismo modo que aquéllas se la habían negado a él en el control de Alemania occidental. Los norteamericanos, los británicos y los franceses estaban formando ya la República Federal Alemana, que sería gobernada por el régimen conservador y declaradamente antisoviético de Adenauer. En estas circunstancias, la razón original de la presencia de representantes y guarniciones occidentales en Berlín había perdido todo sentido; las potencias occidentales conservaban ahora a Berlín como un enclave en territorio enemigo. Era completamente natural que la política rusa tratara de eliminar ese enclave (el problema habría de preocupar a los sucesores de Stalin hasta una década más tarde). En la primavera de 1948 la situación hizo crisis. Las potencias occidentales, deseosas de acelerar la rehabilitación económica de sus partes de Alemania, propusieron efectuar una reforma monetaria mediante la cual el antiguo marco depreciado sería reemplazado por uno nuevo. La reforma selló la división de Alemania y planteó una vez más la cuestión de la moneda de Berlín. Rusia no podía permitir que la ciudad quedara financieramente incorporada a Alemania occidental, y las potencias occidentales tampoco podían admitir que fuera absorbida por Alemania oriental. Si dos monedas diferentes circulaban en Berlín, el resultado sería un conflicto crónico, pues mientras un volumen creciente de mercancías en el Occidente aseguraría necesariamente la estabilidad del nuevo marco, el valor de la moneda oriental sería minado por una constante escasez de mercancías. Para evitar esto, Stalin jugó una carta desesperada. Ordenó un bloqueo de los sectores de Berlín controlados por los norteamericanos, los británicos y los franceses. En poco tiempo todo el tránsito en dirección a Berlín, lo mismo por tierra que por agua, quedó paralizado.

Por medio del bloqueo Stalin esperaba obligar a las potencias occidentales a salir de Berlín o cuando menos inducirles a abandonar su plan de utilizar a la República Federal Alemana como su aliada contra Rusia. El bloqueo, sin embargo, no logró alcanzar el primer objetivo, y sólo sirvió para impulsar a las potencias occidentales a llevar a su culminación el trastrueque de alianzas. En su jugada, Stalin confió una vez más en una simulación de fuerza. Y perdió a causa de un error de cálculo que reflejaba su manera de pensar curiosamente anticuada. Amenazó con paralizar las industrias de Berlín y someter por hambre a sus guarniciones y a su población. No lo contuvieron las intimaciones de que los trenes blindados norteamericanos se abrirían paso por la fuerza. Hizo caso omiso de las amenazas proferidas por los generales norteamericanos de lanzar bombas atómicas sobre Moscú. Trató de ganarse al pueblo de Berlín ofreciéndole alimentarlo, y provocó el rechazo de esta oferta por parte de los británicos y los norteamericanos. Estaba dispuesto a prolongar el bloqueo hasta el punto de agotar toda resistencia. Confiaba en que el tiempo estaba de su parte, en que el bloqueo era hermético y en que sus adversarios no podrían romperlo porque todas las carreteras que conducían a la ciudad estaban en su poder. Lo que pasó por alto fue que, de acuerdo con un convenio interaliado, las potencias occidentales aún conservaban angostos "corredores aéreos" que comunicaban a sus zonas en Alemania con Berlín, y que utilizando esos corredores podían aprovisionar las guarniciones de la ciudad, su población y hasta su industria. No contó con el poderío aéreo occidental y con la capacidad de los norteamericanos y los británicos, y esto después de una guerra en que aquéllos, a diferencia de los rusos, habían combatido principalmente en el aire durante mucho tiempo.

El 28 de junio de 1948 los norteamericanos y los británicos inauguraron su "socorro aéreo" a Berlín. Sorprendido por esta acción, pero sin atreverse a negar a sus adversarios el uso de los corredores aéreos, Stalin inició personalmente negociaciones con los embajadores occidentales en Moscú. A continuación las interrumpió, convencido de que con la llegada del invierno Berlín quedaría a su merced. El socorro aéreo occidental, sin embargo, se amplió constantemente y mantuvo a Berlín abastecido de alimentos, combustibles y materias primas durante los meses críticos. El bloqueo fue derrotado. Casi un

año después de haber comenzado, tocó a su fin mediante un acuerdo discretamente negociado en las Naciones Unidas, y el *statu quo* fue restaurado en Berlín.

Sin embargo, el bloqueo tuvo efectos políticos que no pudieron anularse. El *statu quo* no se restauraría ya en el escenario internacional. Mientras la ciudad estaba sitiada, se constituyó la República Federal Alemana y se proclamó la Alianza del Norte del Atlántico. El bloqueo había alimentado todos los molinos de la propaganda antisoviética, y los pueblos norteamericano y británico, indignados por la acción de Stalin, aclamaron a sus gobiernos por el traspase de las alianzas, que hasta poco tiempo antes les había parecido repugnante. Así, mientras la Doctrina Truman había impartido cierta realidad a los peligros y amenazas que supuestamente debía prevenir, el bloqueo de Stalin proporcionó a su vez una especie de justificación *post factum* a la Doctrina Truman e intensificó la guerra fría.

Mientras el capitalismo occidental ganaba vigor y confianza gracias a los reveses de Stalin, el comunismo conquistaba una victoria trascendental en el Oriente. El 22 de enero de 1949 los ejércitos de Mao Tse-tung entraron en Pekín. El acontecimiento pasó casi inadvertido para los europeos y los norteamericanos, cuya atención estaba concentrada en la crisis de Berlín. Durante décadas, entre derrotas y triunfos, los guerrilleros de Mao habían venido luchando contra las fuerzas de Chiang Kai-shek, que a partir de la guerra habían sido equipadas con armas norteamericanas y habían sido apoyadas en ocasiones por la infantería de marina de ese mismo país. Los guerrilleros parecieron verse a veces en peligro de sucumbir. Sobrevivieron y continuaron luchando; pero casi nadie fuera de China contó con la inminencia de su triunfo total. Todavía en 1948 Stalin aconsejó a Mao, como más de veinte años antes a Chen Tu-hsiu, que hiciera las paces con el Kuomintang; y cuando se enteró de los planes de Mao para lanzar una ofensiva general, los descartó por poco apegados a la realidad y temerarios. El victorioso Generalísimo del ejército más grande del mundo despreciaba a los guerrilleros, veía con escepticismo las oportunidades del comunismo en China y desconfiaba de cualquier revolución que se desarrollara sin su consentimiento y fuera del alcance de su poder militar ¹⁵. También temía que la empresa de Mao pudiera provocar una intervención norteamericana en escala masiva y llevar a las fuerzas norteamericanas cerca de las fronteras de Rusia en el lejano Oriente. Los comunistas chinos, ello no obstante, llevaron adelante sus ofensivas hasta que el Kuomintang, podrido por dentro, se desmoronó. En abril, precisamente cuando las potencias occidentales proclamaban la Alianza Atlántica, las tropas de Mao desfilaron victoriosas en Nanking y Shanghai; y antes de que el verano terminara toda la China continental era suya. El 24 de septiembre Mao proclamó la República Popular China. Una nueva época se inauguraba para el comunismo y para el mundo. El prolongado aislamiento de Rusia había llegado por fin a su término; y la Revolución de Octubre, contrariamente a lo que tantos habían esperado, halló su muy retardada secuela y continuación no en Europa sino en Asia.

Más adelante veremos cómo habría de afectar este acontecimiento los destinos del estalinismo. Su efecto inmediato fue el de fortalecer la posición de Stalin frente a las potencias occidentales, que se encontraron súbitamente flanqueadas en Asia, donde los pueblos coloniales y semicoloniales se agitaban y rebelaban. Vapuleado en el occidente, Stalin podía actuar desde una posición de fuerza en el oriente. Y por una curiosa coincidencia, en la misma semana en que se fundó la República Popular China el mundo escuchó también la detonación de la primera bomba atómica de Rusia. La propagación de la revolución iba destruyendo algunas de las circunstancias en las que el estalinismo, producto y epítome del aislamiento bolchevique, había florecido. La consolidación de nuevos Estados revolucionarios estaba llamada a minar la autoridad única de Stalin -y de Moscú, ciertamente- sobre el movimiento comunista en todo el mundo. Esa autoridad, ya lo sabemos, se había apoyado en el doble fundamento de la ideología y la *fuerza*, en la disposición de los comunistas de todos los países a identificarse con la Unión Soviética como "el primer Estado obrero" y a subordinar sus propias aspiraciones a la *raison d'état* de Stalin; y en la presión o la coerción que Stalin empleaba para eliminar a sus críticos y adversarios. Este doble fundamento estaba destrozado ahora. Los comunistas extranjeros que se habían convertido de agitadores perseguidos en gobernantes de sus países no habrían de seguir experimentando durante mucho tiempo el sobrecogimiento que hasta entonces les había inspirado su gran oráculo en Moscú, ni habrían de dejarse intimidar tan fácilmente. Ya no sentían la misma compulsión moral a sacrificar sus propias aspiraciones y ambiciones en aras de las necesidades reales o supuestas de la Unión

¹⁵/ Véanse las declaraciones de Stalin a Kardelj sobre su "error en China", en Dedijer, *op. cit.*, p. 331 y en Djilas, *op. cit.*, pp. 141-142.

Soviética. En medida cada vez mayor tenían que representar sus propias ambiciones y las necesidades e intereses de sus propios Estados revolucionarios. La época del "comunismo policentrista" se había iniciado imperceptiblemente mucho antes de que Palmiro Togliatti acuñara el término.

Apenas acababa Stalin de fundar la Kominform, con el propósito de recentralizar y redisciplinar a los partidos comunistas, cuando su autoridad fue impugnada por los miembros yugoslavos de la nueva organización. Ya hemos visto con cuánto celo se comportaron éstos en la sesión inaugural de la Kominform, apoyando el último viraje político de Stalin y Zhdanov. No en vano Tito y sus camaradas fueron considerados, hasta 1948, los más dogmáticos y fanáticos de todos los estalinistas europeos. Esta reputación se basaba, en cierta medida, en su historial. No por nada había sido ascendido Tito a la jefatura de su partido durante su estancia en Moscú en ocasión de las grandes purgas. Los anteriores jefes del partido acababan de perecer en esas purgas; y la ortodoxia y el fanatismo de Tito tenían que ser muy ejemplares para valerle, precisamente en aquel momento, la confianza de Moscú. Su conducta en España durante la guerra civil, mientras la GPU exterminaba a numerosos comunistas y antifascistas, fue poco mejor que la de cualquiera de los títeres de Stalin. Los años de lucha revolucionaria armada en su propio país, sin embargo, habían transformado al títere en un hombre y un dirigente. Stalin advirtió el cambio y empezó a abrigar sospechas. Quiso que los yugoslavos librasen una guerra "patriótica y antifascista", y no que hicieran una revolución social; y fue desobedecido. Los acusó de poner en peligro la alianza de Rusia con los Estados Unidos y la Gran Bretaña y de "apuñalar a la Unión Soviética por la espalda". La discordia se intensificó después del fin de las hostilidades. Los yugoslavos, ultrarradicales e intensamente nacionalistas, se empeñaron en anexarse a Trieste frente a la oposición anglo-norteamericana e italiana; Stalin, temeroso de exacerbar el conflicto con las potencias occidentales, los frenó. Ellos condenaron su "oportunismo y cinismo". Resintieron la arrogancia con que los trataban los emisarios y generales de Stalin; protestaron contra el mal comportamiento de las tropas soviéticas en Yugoslavia; y montaron en cólera cuando descubrieron que los servicios secretos de Stalin estaban reclutando agentes en el ejército y la policía yugoslavos. Stalin, enfurecido por tanta resistencia desacostumbrada, decidió tratarlos como había tratado a todos sus adversarios comunistas: los tildó de bujarinistas y trotskistas, traidores y agentes del imperialismo; y denunció el titoísmo como una herejía. "Levantaré un dedo", alardeó, "y no habrá más Tito". Los yugoslavos todavía juraban lealtad a Stalin y exhibían sus retratos en reuniones y manifestaciones; pero protestaron contra las denuncias y se defendieron vigorosamente. Stalin replicó con un bloqueo económico y militar que fue tan brutal, y tan ineficaz, como el de Berlín /16.

Por primera vez en su carrera Stalin se vio ahora impotente frente a un adversario comunista. Tito triunfaba donde otros herejes de mucha mayor estatura, Trotsky y Bujarin, habían fracasado. Su propio Estado, su propio ejército y policía, lo protegían de los golpes de Stalin; y el entusiasmo y la devoción nacionales que había suscitado al desafiar a Moscú lo amparaban con mayor seguridad aún. Su acción causó un daño irreparable a la autoridad y el prestigio de Stalin. Muchos comunistas de Europa oriental vieron en la conducta de Tito un ejemplo digno de imitación. Sus motivos de agravio contra Stalin eran más amargos aún que los de Tito; y ellos, también, anhelaban poder afirmar su dignidad nacional y rehabilitarse así ante sus propios pueblos del oprobio de ser peleles rusos. Y tampoco podía descartarse la posibilidad de que el desafío yugoslavo pudiera despertar simpatías entre los propios colaboradores cercanos de Stalin.

Temeroso del "contagio" titoísta, Stalin contraatacó con toda su astucia sanguinaria, probada en tantas cacerías de herejes. Declaró que para los comunistas constituía traición mostrar simpatías por el titoísmo y mantener contactos con Belgrado. Cuando Moscú retiró todos sus asesores y emisarios especiales de Yugoslavia, los gobiernos de Europa oriental tuvieron que hacer lo mismo. Stalin también los impulsó a efectuar maniobras militares amenazadoras en las fronteras yugoslavas. Sin embargo, no era fácil reprimir las simpatías por el titoísmo, pues lo que éste representaba no era una nueva doctrina o programa, sino un impulso elemental de hombres valientes y combativos a afirmar su dignidad nacional y comunista contra una gran potencia y contra un amo que había abusado de su devoción y los había insultado temerariamente. Este impulso alentaba tanto entre los miembros del partido con mentalidad internacionalista como entre los "comunistas nacionales". Los agentes de Stalin los vigilaban de cerca a todos y tomaban nota de cualquier inclinación "titoísta" en ellos.

16/ Véase Yosip Broz-Tito, *Political Report at the Fifth Congress of the Communist Party of Yugoslavia* (1948); *Correspondence between Central Committee of CPY and Central Committee of CPSU*, publicada en Belgrado en 1948; y Djilas, *op. cit.*, pp. 98-144.

El rasgo característico de tal inclinación era la propensión de un comunista a discurrir sobre la legitimidad de las "diversas vías nacionales hacia el socialismo". El mismo Stalin había tratado el tema en los primeros años de la posguerra, mientras trabajaba para desarmar a las diversas oposiciones nacionalistas a la supremacía rusa en toda Europa oriental. Los yugoslavos invocaban ahora la consigna contra él; y en cada capital de Europa oriental había hombres prominentes en la jerarquía estalinista, Gomulka, Clementis, Rajk, Rostov y otros, que habían aceptado la consigna en su sentido literal. La nueva línea iniciada por la Kominform no era de su agrado. Se habían identificado con la política "derechista", "moderada" y nacionalista que habían seguido en años anteriores con el estímulo de Stalin; y se aferraron a ella aun después de que Stalin cambió la línea. Esto fue su perdición. Fueron acusados de colusión con el titoísmo, tildados de saboteadores y espías, encarcelados, sometidos a chantaje y torturas y obligados a confesar sus pecados del mismo modo que los reos de los grandes procesos de Moscú habían confesado los suyos. Después de más de una década, el terrible espectáculo de los años 1936-38 se repitió en casi todas las capitales de Europa oriental. En septiembre de 1949 Rajk y otros dirigentes húngaros fueron procesados y ejecutados; en diciembre, Kostov y un grupo de prominentes comunistas búlgaros corrieron la misma suerte.

Durante los tres años siguientes un pandemónium de procesos amañados y de terror en masa se desencadenó sobre toda Europa oriental. Sólo excepcionalmente logró un hereje como Gomulka sobrevivir para reaparecer triunfante tras la muerte de Stalin. Y la purga tuvo sus oscuras ramificaciones en la URSS también: N. S. Voznesensky, miembro del Politburó y jefe de la planificación económica, que había coordinado los recursos económicos de la nación durante la guerra; M. Rodiónov, Primer Ministro de la República Federal Rusa; Kuznetsov y Popkov, organizadores de la defensa de Leningrado durante el sitio de 1941-43, y otros miembros del llamado grupo de Leningrado, fueron las víctimas. Casi veinte años después de los sucesos se ignoraba por qué las sospechas de Stalin recayeron sobre esos hombres, si ellos se habían opuesto a algún aspecto de su política o si simplemente se vieron envueltos en una sangrienta lucha por el poder, como la rivalidad entre Zhdanov y Malenkov, que tenía lugar entre los colaboradores más íntimos de Stalin. Sus procesos y ejecuciones fueron secretos cuidadosamente guardados. En aquellos años Stalin no se atrevió a repetir en Moscú y Leningrado los falsos procesos con confesiones públicas que se realizaban en Budapest y Sofía /17.

Mientras Stalin golpeaba así con fiera al titoísmo, una herejía mucho más potente y peligrosa se incubaba en Pekín. Los comunistas chinos, orgullosos de haber llegado al poder a despecho de la obstrucción de Stalin, estaban conscientes de su papel histórico como arquitectos de la independencia de China, como autores de una revolución que abarcaba un enorme segmento de la humanidad y cuyos ecos resonarían seguramente durante décadas y siglos futuros. Veían a Mao Tse-tung como un innovador sobresaliente de la estrategia revolucionaria y como un dirigente y teórico genial. Aun cuando sobrestimaban crasamente la aportación de Mao a la teoría, éste era sin duda el más grande y el más original de los prácticos de la revolución desde Lenin y Trotsky. Era sin duda un hombre con una personalidad mucho más rica y dotado de un coraje y un *élan* mucho mayores que los de Stalin. Sin embargo, Stalin lo había tratado con desdén, nunca había tenido una palabra de reconocimiento para sus acciones y veía con desconfianza su comportamiento heterodoxo. Ya desde 1927-28, cuando Mao desplazó el centro de sus actividades de la ciudad al campo, el Komintern estalinizado lo desconoció y apoyó su destitución del Comité Central de su partido. Aun después de su rehabilitación, e incluso cuando ya había consolidado sus ejércitos rojos y su gobierno de Yenán, Moscú siguió tratándolo con incómodas reservas. Mao sostenía que la revolución china, a diferencia de la rusa, debía basarse primordialmente en el campesinado y debía ser llevada del campo a la ciudad más bien que de la ciudad al campo. Eso era herejía, claramente. Para evitar un rompimiento abierto con Moscú, Mao adoptó el color protector de la ortodoxia estalinista. Stalin estaba consciente de la complejidad del juego de Mao, y no habría tolerado nada parecido en ningún partido comunista situado en una esfera de la política mundial que considerara vital para sus intereses. Pero casi hasta 1949, China ocupó un lugar

17/ *Lászlo Rajk and his Accomplices Before the People's Court*, Budapest, 1949; *The Trial of Traicho Kostov and his Group*, Sofía, 1949. Una versión incompleta del caso de Gomulka se encuentra en *Nowe Drogi*, octubre de 1956, que contiene el informe de la sesión del Comité Central en la que Gomulka volvió a su puesto. Las repercusiones de la campaña anti-Tito en Alemania oriental han sido relatadas por Wolfgang Leonhard en *Child of the Revolution*, pp. 386-394, *et passim*.

subordinado en los cálculos de Stalin; y el comportamiento de Mao le parecía tan quijotesco -y en apariencia tan sumiso- que no se hacía acreedor a la excomunión /18.

Aun así, los guerrilleros chinos no recibieron nunca, durante su larga lucha, el beneficio de ninguna ayuda soviética. Se sentían profundamente agraviados, pero sonreían y ocultaban su decepción. Desde la guerra Stalin les había dado motivos de nuevo y amargo resentimiento. Las tropas soviéticas que ocuparon a Manchuria después de la derrota del Japón trataron ese país como si fuera territorio enemigo conquistado, no como parte de China. Los japoneses, como se recordará, habían separado esa vasta provincia de China y la habían sometido al gobierno de la dinastía manchú, pelee de ellos. A esa dinastía le había vendido Stalin, en 1935, el ferrocarril manchuriano que la Unión Soviética había manejado como concesionaria, con la esperanza de apaciguar así al Japón. Entonces, en 1945, recuperó el ferrocarril para Rusia, en lugar de permitir que China lo obtuviera. Además, extendió el control soviético a Puerto Arturo y Dairen, las dos grandes bahías manchurianas. Todo esto ofendió a los chinos. Éstos vieron con asombro a continuación que los rusos trataban las industrias de Manchuria como botín de guerra, desmantelando muchas fábricas e instalaciones y enviándolas a la Unión Soviética. Dado que los japoneses, que habían despojado a China propiamente dicha de sus industrias, habían fomentado para provecho propio la industria pesada de Manchuria, los chinos veían en Manchuria la base industrial para el desarrollo económico de toda China. El gobierno de Mao no pudo menos que poner en conocimiento de Moscú una parte de la indignación que las acciones rusas habían causado y su deseo de recuperar las instalaciones y la maquinaria que los rusos se habían apropiado.

Allí estaba el germen de una tremenda discordia, la prefiguración del conflicto que habría de inquietar a los sucesores de Stalin una década más tarde. Cualquier gesto temerario, cualquier indiscreción podría haber causado un estallido instantáneo. En esas circunstancias, Stalin obró con notable cautela y serenidad. No bien acababa de proclamarse la República Popular China, invitó a Mao a Moscú.

En diciembre de 1949 lo recibió en el Kremlin con todos los honores y muestras de amistad y respeto. Eran los días de la gran cacería de titoístas y del *affaire* de Leningrado. Voznesensky había caído en desgracia hacía sólo unos meses y en Sofía se desarrollaba el proceso contra Rostov. Sin embargo, en medio de todo el frenesí de persecución, Stalin asumió, con aparente despreocupación, el papel de anfitrión afable y de camarada mayor y servicial frente al único hereje verdaderamente grande y peligroso en el mundo comunista. Había aprendido la lección de su equivocación con Tito. Sabía que no podía permitirse "levantar un dedo", no digamos ya un puño, contra Mao. Fue todo dulzura y luz.

Con todo, la situación era delicada: Stalin tenía que medir sus pasos, y se sentía renuente a ceder su botín manchuriano. Sometió a Mao a largas y lentas explicaciones y un prolongado regateo, que interrumpía frecuentemente con banquetes oficiales y pláticas privadas, dedicadas al intercambio de confidencias que era de esperarse entre los jefes de dos revoluciones. Sin embargo, en el contacto personal los dos hombres sólo podían cobrar mayor conciencia de los contrastes en sus caracteres y posiciones. Stalin era ahora el "estadista mundial" de la cabeza a los pies, el Generalísimo lleno de condecoraciones y el jefe de un inmenso aparato burocrático, tan alejado de su pueblo como cualquier zar en el pasado. A Mao lo envolvía aún la atmósfera de los veinte años que había pasado en las montañas y cuevas desde donde dirigió la guerra civil más prolongada de la historia moderna. Había vivido todos esos años en medio de los campesinos más pobres, había combatido y marchado junto a sus guerrilleros, no había permitido diferencias en raciones y uniformes ni el distanciamiento social entre oficiales y soldados. Si en Stalin una gran dosis de zarismo y ortodoxia griega se había superimpuesto al marxismo, en Mao el leninismo se refractaba a través de la *jacquerie* oriental y del legado cultural de un mandarín confuciano. Ambos hombres poseían una astucia inagotable, pero en Mao ésta se veía refrenada por un carácter más humano que el de Stalin y por una mente más cultivada. Para Mao, la Revolución China representaba toda su vida y su misión. Para Stalin era una gigantesca ganancia inesperada, pero también un peligro gigantesco. Él había ganado súbitamente, en el apogeo de la guerra fría, un gran aliado. De entonces en adelante, China protegería la inmensa frontera de Rusia en Asia; y él podría concentrar sus recursos militares en Europa. Y, aunque los nuevos gobernantes de China pudieran algún día desafiar a Moscú, por el momento dependían de Stalin y ansiaban no sólo recobrar la industria manchuriana sino obtener ayuda y protección económica, militar y diplomática soviética.

18/ Edgar Snow, *Red Star over China*, pp. 377-388, y *The Other Side of the River*, pp. 201, 646-672; e Isaac Deutscher, "Maoism, its Origins and Outlook" en *Iranies of History* (1966).

Stalin y Mao tardaron casi tres meses para terminar sus negociaciones y firmar, el 14 de febrero de 1950, una alianza formal. Stalin se comprometió a devolver su "botín de guerra" y a ceder el ferrocarril manchuriano "a más tardar a fines de 1952". También cedió Puerto Arturo, cuya adquisición, mediante un acuerdo secreto con Roosevelt, había celebrado como el desquite de Rusia por su derrota frente al Japón en 1905 y como un acto de justicia histórica /19. Conservó el dominio sobre el puerto estratégicamente importante de Dairen y las líneas de comunicación de Manchuria. Pero se comprometió a ayudar generosamente al desarrollo económico de China. De esta manera evitó la rivalidad entre él y Mao y un conflicto entre sus partidos y sus gobiernos.

Sólo cuatro meses más tarde empezó la guerra de Corea, y muchas personas supusieron que Mao y Stalin la habían planeado en Moscú. Durante algún tiempo habían venido ocurriendo choques y escaramuzas entre las tropas comunistas del norte y las fuerzas anticomunistas del sur a lo largo del paralelo 38, que desde la rendición japonesa había separado las dos partes del país. En junio de 1950, Kim Il Sung, el jefe del régimen comunista, acusó de agresión al gobierno de Syngman Rhee en el sur y ordenó una ofensiva general a través del paralelo 38. El rápido éxito inicial de las tropas del norte indicó que el golpe había sido bien preparado; tan bien, en realidad, que parecía plausible que Stalin y Mao hubiesen sido consultados de antemano o que incluso hubiesen dado la orden de ataque. Que Mao haya favorecido la empresa no sería sorprendente. A él, el intento comunista de obtener el dominio de toda Corea debe de haberle parecido una secuela natural de la Revolución China; su éxito prometía hacer imposible en el futuro la utilización de Corea por cualquier potencia hostil, cual había sucedido en el pasado, como base para una invasión de China. Los móviles de Stalin eran menos claros. Le importaba mucho evitar un conflicto armado con el Occidente, y su interés estratégico en Corea era limitado. (Corea tiene una frontera de 16 kilómetros con la URSS, en tanto que su frontera con Manchuria mide 800 kilómetros.) Probablemente actuó con vistas a su latente rivalidad con Mao. Después de haber calculado mal, tan reciente y escandalosamente, las posibilidades de la revolución en China, es posible que haya deseado disipar la impresión de timidez política que había causado y probar que era un estratega de la revolución tan audaz como Mao.

Los riesgos parecían insignificantes. Hacía alrededor de dos años que los ejércitos soviéticos de ocupación habían salido de Corea del Norte; y hacia fines de 1948 las tropas norteamericanas se habían retirado del sur. Más aún, los norteamericanos habían declarado que no tenían ningún interés vital que defender en Corea e insinuaron que consideraban "prescindible" al país. Stalin, por consiguiente, tenía razones para suponer que Kim Il Sung estaba iniciando una guerra local que no se convertiría en un conflicto internacional importante. Descubrió su error cuando los Estados Unidos decidieron intervenir y recurrieron a las Naciones Unidas para que hicieran lo mismo. Cometió otro error cuando los norteamericanos llevaron el asunto al Consejo de Seguridad. El miembro soviético del Consejo pudo haber frustrado fácilmente la acción norteamericana haciendo uso de su derecho de veto, como lo había hecho con frecuencia incluso en ocasiones triviales. En lugar de ello, abandonó expresivamente el Consejo durante su sesión crítica, tal como le habían ordenado desde Moscú; y así los Estados Unidos y sus aliados, aprovechando su ausencia, aprobaron una resolución que obligaba a todos los miembros de las Naciones Unidas a enviar tropas a Corea para luchar contra los comunistas. La guerra local se convirtió en una conflagración internacional. Al cabo de tres años amenazó con desembocar en una contienda abierta entre Norteamérica y China, e incluso en una guerra mundial. Al verse comprometido por error en esta situación, Stalin tomó sus precauciones: aunque armó a los norcoreanos y a los "voluntarios" chinos que se enfrentaron a los norteamericanos en el paralelo 38, no permitió la participación de tropas rusas en el conflicto. Y mantuvo abiertas las puertas a las negociaciones.

La guerra de Corea y sus peligros oscurecieron los tres últimos años de Stalin. Éste todavía actuaba a partir de una grave debilidad. La Unión Soviética había detonado su primera bomba atómica menos de un año antes del comienzo de la guerra; los Estados Unidos habían venido acumulando armas nucleares durante más de cinco años. Su Comandante Supremo en el Lejano Oriente, el general MacArthur, clamaba en favor del bombardeo de Manchuria; esto habría obligado a los rusos a acudir en ayuda de China, de acuerdo con la alianza recientemente firmada. Stalin no podía confiar, como lo había hecho unos años antes, en el pacifismo popular norteamericano y en las simpatías hacia

19/ Véase* Capítulo XIII, p. 480. 540.

Rusia para evitar la propagación de la guerra, pues el estado de ánimo popular en los Estados Unidos se había transformado entretanto en torva hostilidad ²⁰. Y, aún cuando el compromiso en Corea limitaba la libertad de movimientos de los norteamericanos en Europa, Stalin tenía que mantener la movilización de sus fuerzas convencionales, exigir esfuerzos extraordinarios a su industria nuclear, mantener la economía soviética en casi pie de guerra y reforzar el estado de sitio en la Unión Soviética y Europa oriental. Logró alcanzar algunos de sus objetivos vitales. Resistió las presiones occidentales con suficiente firmeza para frustrar cualquier designio norteamericano de propagar la guerra; y la industria nuclear soviética *avanzó* con gran rapidez y produjo su primera bomba de hidrógeno en 1953, poco después que los norteamericanos. Los sectores básicos de la economía soviética, habiendo alcanzado en 1948-49 su nivel de producción de preguerra, superó en un 50 por ciento ese nivel en los últimos años de Stalin. La modernización y urbanización de la Unión Soviética fue acelerada. En los primeros años de la década de los cincuenta tan sólo, su población urbana aumentó en unos 25 millones. Las escuelas secundarias y las universidades tenían el doble de alumnos que antes de 1940. Sobre las ruinas de la guerra mundial se echaron los cimientos de la renovada ascendencia industrial y militar de Rusia, que poco después habría de asombrar al mundo.

Con todo, las penurias de la vida rusa siguieron siendo casi tan terribles como durante el periodo de acumulación primitiva de los años treinta, e incluso eran más insopportables. La masa de la población vivía de coles y patatas, vestía harapos y habitaba viviendas miserables. En tanto que las fábricas de máquinas-herramientas más avanzadas de la URSS eran tan eficientes como las de los Estados Unidos, sus industrias de consumo crasamente subdesarrolladas sufrían un rezago de cuando menos medio siglo. El ciudadano soviético consumía menos de una tercera parte, tal vez menos de una cuarta parte, de las mercancías de que disfrutaba el norteamericano. Con el continuo crecimiento de la población urbana, el problema de la vivienda se hizo desesperante. En las ciudades capitales era muy frecuente que varias familias compartieran una sola habitación con cocina. El gobierno hacía poco para aliviar la situación: las ciudades destruidas se iban reconstruyendo demasiado lentamente; y sobre el tras-fondo de ruinas y enormes arrabales Stalin ordenó la erección de grandiosos edificios públicos y monumentos, insuperables en su adornada falta de gracia y llamados a convertirse en símbolos de la pompa y el mal gusto burocráticos.

Lo peor de todo era la situación de la agricultura. En los últimos cuatro años del régimen de Stalin, la cosecha de granos alcanzó un promedio de sólo 80 millones de toneladas: 95 millones en 1940 y 86 millones en 1913. El ganado existente era también menos que en 1913. Y así, aunque el gobierno confiscó o compró por debajo de los precios nominales casi la mitad de las cosechas de granos, la alimentación de la población urbana estuvo expuesta a terribles contingencias. El habitante de las ciudades consumía menos de media libra de carne y un cuarto de libra de grasa por semana. Las granjas carecían de mano de obra, tractores, maquinaria, transportes y fertilizantes. El koljós siguió siendo un híbrido económico, semicolectivo y semiprivado; junto a los campos de propiedad común estaban las pequeñas parcelas residuales a las que se aferraban los campesinos, cultivándolas industriosamente mientras descuidaban los campos de propiedad colectiva. El gobierno trató de asegurar los suministros de alimentos por medio de la regimentación burocrática: le dictó al campesino qué habría de sembrar y cuánto debería cosechar en cada pedazo de tierra. Legiones de supervisores y capataces convirtieron cada operación agrícola, que debería haber sido cuestión de simple rutina, cada siembra, cada aradura y cada cosecha, en una tensa "batalla en el frente alimenticio".

Finalmente, en 1950, la Rusia rural volvió a verse sometida a una convulsión que podría describirse como la colectivización suplementaria. Alrededor de 240,000 granjas, cada una de un millar de acres en promedio, fueron fusionadas en 120,000 y por último en 93,000 unidades de mayor extensión. El campesinado reaccionó ante la fusión con resignada apatía, no con la desesperada resistencia que había opuesto a la colectivización inicial. Pero la agricultura permaneció inestable; y una controversia en cuanto a lo que debería hacerse a continuación dividió al grupo gobernante. N. S. Jrus-

^{20/} Característica del cambio fue la publicación de un número especial de una revista popular norteamericana, *Collier's*, dedicado a una serie de historias imaginarias sobre una guerra victoriosa de los Estados Unidos contra Rusia y a una descripción de Moscú bajo ocupación norteamericana escrita por Arthur Koestler.

chov propuso reorganizar las granjas en fábricas de granos y redistribuir a los campesinos en "agrocidades". Stalin rechazó la idea. En medio de una tensa situación internacional, temió exponer al país a un cambio tan drástico.

Con tanta debilidad y tumulto en el interior y con tanta adversidad en el exterior, Stalin mantuvo a Rusia más herméticamente aislada del mundo que nunca. Decretó que era delito para un ruso casarse con un extranjero, traición para un funcionario revelar cualquier información, por trivial que fuese, sobre cualquier aspecto de la vida rusa, y espionaje para un extranjero que mostrara curiosidad por tal información. A los soldados que regresaban de Alemania, Austria o cualquier otro país ocupado, se les prohibía hablar acerca de sus experiencias. Los periódicos describían las condiciones sociales en el Occidente, incluidos los Estados Unidos, con los colores más sombríos, de suerte que el ciudadano soviético viera bajo una luz halagadora hasta las miserias de su existencia. Todas las ventanas y puertas de Rusia hacia el mundo quedaron cerradas, y detrás de ellas se llevó a cabo una orgía de autoglorificación nacional. La grandeza de la Rusia zarista se exaltó con mayor estridencia aún que durante la guerra. Los historiadores ensalzaron cada hazaña de conquista imperial: presentaron cada acto de violencia cometido contra las naciones antaño sometidas por Rusia como un acto de emancipación y progreso que las naciones oprimidas debían haber agradecido. Enaltecieron a Catalina la Grande y a Nicolás I como benefactores y protectores de los pueblos del Cáucaso y del Asia Central; y tildaron a los dirigentes de esos pueblos, que se resistieron al zarismo y lucharon por la independencia, como reaccionarios y títeres de Inglaterra o Turquía. A los escolares se les inculcó una visión de la historia que consistía en una sola secuencia de perversas conspiraciones extranjeras invariablemente frustradas por la vigilancia y el valor de sus antepasados. Nadie debía poner en duda que Rusia, y sólo Rusia, era la sal de la tierra, la cuna de la civilización, la fuente de todo lo que hay de grande y noble en el espíritu humano. Los rusos se convirtieron en los precursores, descubridores e inventores de todas aquellas proezas de la tecnología moderna que un mundo ignorante o malicioso atribuía a los ingleses, alemanes, franceses o norteamericanos. Día tras día los periódicos llenaban sus páginas con historias de milagrosos Popov o Ivánov que habían sido los primeros en diseñar la imprenta, la máquina de vapor, el aeroplano y la radio. Lo que faltó para hacer completa esta autoadulación fue que *Pravda* divulgara que el hombre prehistórico que construyó la primera rueda había vivido en las márgenes del río Moscova, o que incluso Prometeo había sido un gran ruso, pues ¿quién sino un gran ruso habría sido capaz de su hazaña heroica?

Así (para citar un ensayo contemporáneo mío sobre *La Rusia del medio siglo*) /21, a Rusia se le enseña a mirar con desconfianza y a despreciar el mundo exterior, a celebrar sólo su propio genio, a no estimar más que su propia grandeza egocéntrica, a no depender sino de su propio egoísmo, y a no esperar más que los triunfos de su propio poderío. El estalinismo trata de anexar a la Gran Rusia todas las proezas que se han acreditado al genio de otras naciones. Declara delictuoso por parte de los rusos abrigar cualquier pensamiento acerca de la grandeza, pasada o presente, de cualquier otra nación -"humillarse ante la civilización occidental"-, y delictuoso por parte de los ucranianos, georgianos y uzbekos no humillarse ante la Gran Rusia.

La megalomanía y la xenofobia deberían curar al pueblo de su complejo de inferioridad, hacerlo inmune a las atracciones de la cultura occidental que habían hechizado a generaciones de intelectuales, protegerlo contra el impacto desmoralizador de la riqueza norteamericana, y templarlo para las pruebas de la guerra fría y, de ser necesario, para el conflicto armado. El calor de la agitación chovinista era una medida de la fiebre bélica en que vivía la nación.

No es de sorprenderse que mientras se fomentaba tanta burda arrogancia nacional, resurgieran también los antiguos y sólo semiocultos prejuicios del antisemitismo. Pese a todo lo que habían hecho los gobiernos bolcheviques, en sus mejores años, para combatir esos prejuicios, la hostilidad hacia los judíos permanecía casi intacta. El antisemitismo se nutría de muchas fuentes: de la ortodoxa griega y de la tradición autóctona de los pogromos; de los contactos de la población con el nazismo durante la guerra; del hecho de que los comerciantes y artesanos judíos, inadaptados a una economía de propiedad pública, eran conspicuos en el comercio ilícito y semilícito que florecía en medio de la escasez de mercancías; del gran número de judíos entre los primeros dirigentes bolcheviques; y de su relativa importancia, aun después del exterminio de esos dirigentes, en las capas medias de la burocracia estalinista. El co-

21/ I. Deutscher, *Russia in Transition*, pp. 83-100.

munista inculto veía con frecuencia a los judíos como el último elemento sobreviviente del capitalismo urbano, en tanto que el anticomunista los veía como miembros influyentes de la jerarquía gobernante.

La actitud de Stalin era equívoca. Personalmente exento del prejuicio racial burdo, temía infringir el cañón partidario que condenaba el antisemitismo. Los judíos eran bastante prominentes en el círculo de sus colaboradores íntimos, aunque mucho menos de lo que habían sido en el de Lenin. Litvínov dirigió durante más de una década el servicio diplomático soviético; Kaganóvich fue hasta el final el factótum de Stalin; Mekhlis era el comisario político en jefe del ejército; y Zaslavsky y Ehrenburg eran los sicofantes más populares de Stalin. Con todo, éste no se abstenía de explotar los sentimientos antisemitas cuando le convenía. Durante la lucha contra las oposiciones en el seno del partido sus agentes aprovecharon al máximo la circunstancia de que Trotsky, Zinóviev, Kámenev y Rádek eran de origen judío: en los procesos de 1936-38 Vishinsky se refirió a ellos una y otra vez como "gente sin patria" y seres carentes de todo sentimiento autóctono ruso. A continuación, durante la guerra, cuando la propaganda de Hitler vituperó la "guerra judía" y los comisarios judíos que medraban con ella, y exhortó a los rusos y a los ucranianos a levantarse contra ellos, los propagandistas de Stalin sólo respondieron con un silencio incómodo. Él les prohibió contraatacar con una denuncia de la espantosa inhumanidad del antisemitismo de Hitler. Temía que tal contraataque pudiera sugerir a la masa de la población que había cierta verdad en lo que los nazis decían y lo hiciera aparecer a él en el papel de defensor de los judíos, papel que no estaba dispuesto a asumir por nada del mundo. Le temía a la popularidad del antisemitismo, y la avidez con que los antisemitas rusos y ucranianos habían respondido a la propaganda nazi en las regiones ocupadas confirmó sus temores.

Con todo, mientras los ejércitos de Hitler avanzaban, las autoridades soviéticas hicieron todo lo posible por evacuar a los judíos de las zonas amenazadas, aun cuando en algunas ciudades -el caso de Tanagerog fue notorio- los judíos no dieron crédito a las advertencias acerca de lo que les esperaba bajo la ocupación nazi y se negaron a ser trasladados. Con la autorización de Stalin se constituyó un Comité Judío Antifascista, encabezado por personalidades de reconocido prestigio. Este comité exhortó a los judíos del Occidente a apoyar a la Unión Soviética. (El comité, sin embargo, comenzó su actividad bajo malos augurios; ya en 1942 dos de sus miembros, Henryk Erlich y Víctor Alter, dirigentes del *Bund* judío-polaco y miembros del Ejecutivo de la Internacional Socialista que habían buscado refugio en la Unión Soviética, fueron detenidos y ejecutados como "agentes nazis".) Los judíos que prestaban servicios en las fuerzas armadas combatieron con valor, fueron condecorados y ascendidos incluso a los rangos más altos. Pero en cuanto judíos no se les reconoció ningún mérito. Como nacionalidad fueron virtualmente anulados. La prensa y la radio guardaron silencio acerca de la destrucción de las comunidades judías europeas tras las líneas enemigas. Sólo en raras ocasiones mencionaban los campos de exterminio de Auschwitz o Majdanek, o bien los mencionaban de tal manera que nadie podía adivinar que los judíos constituían el principal contingente de víctimas. Después de la guerra, los ciudadanos soviéticos convictos de colaboración con los nazis y de antisemitismo fueron castigados como traidores. Pero aún entonces la verdad sobre el martirio de los judíos siguió siendo suprimida; y el símbolo de la supresión fue Babi Yar en Kiev, donde cincuenta o sesenta mil judíos fueron asesinados mientras los alemanes ocupaban la ciudad, pero donde no se permitió que ningún monumento u otra señal honrara su memoria.

Sin embargo, tan tortuosa y tan completamente gobernada por la conveniencia fue la conducta de Stalin, que en 1948 actuó como padrino del nuevo Estado de Israel. Su representante en las Naciones Unidas abogó por su reconocimiento cuando muchos otros gobiernos todavía impugnaban su legalidad. (No debe olvidarse que no sólo los comunistas, sino toda la izquierda en Rusia y en Europa oriental, incluida la mayoría de los socialistas judíos, habían sido tradicionalmente antisionista.) Stalin alentó a algunos de los gobiernos de Europa oriental a que permitieran la emigración a Palestina de los judíos que habían sobrevivido en sus países, e incluso a que suministraran las armas con que los sionistas libraron su guerra de independencia. Los móviles de su política no eran difíciles de precisar: la rebelión sionista en Palestina señalaba una etapa en la disolución del imperio británico; apresuraba la retirada británica del Cercano Oriente. Como los Estados Unidos también apoyaban a Israel, Stalin confiaba en mejorar las relaciones ruso-norteamericanas a través de su política. Esta esperanza demostró ser vana. Más aún. Israel pronto se convirtió en una avanzada occidental en el Cercano Oriente; y Stalin acusó de ingratos a sus dirigentes. Mientras tanto, el renacimiento de un Estado judío impresionó a aquellos judíos rusos que todavía estaban

inmersos en la tradición bíblica y vivían angustiados por los terribles sufrimientos de su pueblo y resentidos por la subrepticia discriminación que padecían. Cuando la primera embajadora de Israel, Golda Meir, hizo su aparición en Moscú, se convirtió en objeto de tumultuosas ovaciones por parte de sus correligionarios. Esto ocurrió precisamente en el momento en que Stalin fomentaba la megalomanía nacional y la xenofobia que debían impermeabilizar al pueblo contra las influencias extranjeras. La súbita revelación de la profundidad del sentimiento que algunos judíos soviéticos abrigaban en relación con Israel no pudo sino alarmar a Stalin. La espontaneidad con que expresaban ese sentimiento era un desafío a la mecánica disciplina bajo la cual él mantenía a toda la sociedad. No podía tolerarla: en su monolito, la mínima fisura constituía un peligro para toda la estructura. Si a los judíos se les permitía expresar emociones no permitidas en manifestaciones que no habían sido autorizadas, ¿cómo podía él prohibir a los rusos y los ucranianos que hicieran lo mismo? Prohibió las manifestaciones e hizo arrestar y deportar a algunos de los judíos. Los agitadores del partido empezaron a denunciar al Estado de Israel como un instrumento del imperialismo occidental, y a detractar a aquellos judíos soviéticos que, al mostrar simpatías por Israel, le negaban vergonzosamente su lealtad absoluta a la patria soviética.

Esto no fue todo. Los judíos fueron privados del derecho que en cuanto nacionalidad habían gozado hasta entonces: el derecho a cultivar, dentro de ciertos límites, su conciencia judía; de enviar a sus hijos a escuelas estatales donde recibían instrucción en yiddish, de publicar sus propios periódicos y revistas; y de desarrollar su propia literatura y su propio teatro. En esta forma Stalin revocó la política que él mismo había iniciado antaño, cuando trabajó bajo la dirección de Lenin como Comisario de las Nacionalidades. El pretexto que adujo fue que los judíos soviéticos, al gozar de completa igualdad con otros ciudadanos, se habían "asimilado" a los rusos y no tenían necesidad de aferrarse a un separatismo obsoleto. En esto había algo de verdad; pero, como lo había demostrado su favorable reacción a Israel, su "asimilación" distaba de ser general o completa: aun en los judíos más rusificados, la reciente tragedia de su raza había despertado un nuevo sentido de judaísmo; las medidas de asimilación obligatoria a que Stalin recurrió entonces sólo podían intensificar y ahondar ese sentido. Su burocracia invocó el principio de indiscriminación racial para justificar actos de discriminación que resultaban tanto más ofensivos cuanto que se perpetraban tan a raíz del exterminio de millones de judíos por los nazis.

A medida que los teatros, publicaciones y editoriales judíos eran clausurados, su personal era purgado. Hombres prominentemente relacionados con el Comité Judío Antifascista también fueron victimados. Entre ellos se hallaban Lozovsky, antiguo jefe de la Internacional de Sindicatos Rojos y ex viceministro de Relaciones Exteriores; David Bergelson, Itzik Pfeffer y Peretz Markish, populares escritores y poetas de lengua yiddish: todos fueron encarcelados, condenados a muerte y ejecutados. Mikhoels, un actor judío de genio, pereció en circunstancias misteriosas. El terror, rodeado de un profundo secreto, golpeó a continuación a los escritores rusos de origen judío. El mundo vislumbró lo que sucedía sólo a través de alusiones en la prensa, que, al atacar a los "cosmopolitas desarraigados" y a los hombres de "lealtad incierta", revelaban sistemáticamente los nombres judíos de escritores que habían sido conocidos por el público bajo seudónimos rusos. Stalin, se dijo más tarde, pensó incluso en deportar a todos los judíos a Birobidjan, la "región judía autónoma" constituida cerca de la frontera con Manchuria en la década de 1920, del mismo modo que había deportado a los alemanes del Volga, a los tártaros de la Crimea y a los ingush-chechenes. Si Stalin acarició la idea, ésta resultó impracticable. Los judíos estaban protegidos en cierta medida por su prominencia en esferas vitales de la vida nacional, en la administración de la industria, en la investigación nuclear, en el aparato del partido, en el mundo académico y en las fuerzas armadas. (Alrededor de veinte mil judíos ejercían la docencia en las universidades.) Pero aunque el Estado no podía prescindir de sus servicios, los judíos se encontraron viviendo bajo una nube, vigilados por sus superiores, envidiados por sus subordinados, inciertos en cuanto al futuro, estigmatizados como extranjeros y sin embargo privados de la protección de que un extranjero normalmente disfruta en cualquier sociedad civilizada. Sentían que eran objeto de una oscura y ominosa intriga; y justamente antes del término del régimen de Stalin, la nube que se cernía sobre sus cabezas se hizo enorme y negra.

Durante muchos años ni siquiera una apariencia de "dirección colectiva" había restringido la autocracia de Stalin; y el "culto de su personalidad" había adquirido formas inimaginablemente absurdas. Se le llamaba Padre de los Pueblos, el Genio Más Grande de la Historia, Amigo y Maestro de Todos los Trabajadores, Sol Radiante de la Humanidad y Fuerza Vivificadora del Socialismo. Poemas y artículos periodísticos, discursos públicos y resoluciones del partido, obras de crítica literaria y tratados científicos:

todo rebosaba de tales epítetos. En la apostólica sucesión de Marx-Engels-Lenin-Stalin, él parecía empujarse a sus predecesores. Si los monarcas absolutos habían gobernado por la *Gracia* de Dios, él gobernaba por la Gracia de la Historia; y era adorado como el demiurgo de la historia. La nación que en su orgullosa nobleza se suponía elevada sobre el resto de la humanidad, yacía postrada a sus pies. Día tras día *Pravda* publicaba en primera plana adulatorias "cartas a Stalin", y su ejemplo era seguido fielmente por el resto de la prensa. En ocasión de su septuagésimo cumpleaños, en diciembre de 1949, la marea de mensajes de felicitación fue tan inmensa que *Pravda* continuó publicándolos en casi cada número durante varios años -los homenajes al septuagenario seguían apareciendo en sus columnas hasta poco antes de su muerte. El famoso Museo de la Revolución en Moscú fue transformado en una exposición de los regalos de cumpleaños que llegaron de cada fábrica, mina de carbón, koljós, sindicato, célula de partido y escuela en el país. Era como si la Revolución China, los graves conflictos con el Occidente, la guerra de Corea e incluso los logros de la construcción industrial en el país importaran poro en comparación con el "histórico cumpleaños" del dictador; como si el único propósito que tuvieran en la vida 200 millones de ciudadanos soviéticos fuera el de adorarlo y hacer llover regalos sobre él. A fin de que esta adulación en masa no resultara contraproducente a causa de la repetición monótona, los sicofantes tenían que extraer halagos siempre nuevos de sus áridas imaginaciones y sorprender al público con superlativos siempre nuevos y cada vez más extravagantes.

Según Jruschov, "el mismo Stalin utilizó todos los métodos concebibles para fomentar la glorificación de su propia persona". Enmendó de su puño y letra* una historia oficial de su vida, insertando en las "más disolutas adulaciones", que juzgó inadecuadas, frases como éstas: "Stalin es el digno continuador de la obra de Lenin... el Lenin de hoy"; "la avanzada ciencia de la guerra soviética recibió un mayor desarrollo de manos del camarada Stalin... En diversas etapas de la guerra el genio de Stalin encontró las soluciones correctas..."; "la maestría militar de Stalin se manifestó tanto en la defensiva como en la ofensiva. El genio del camarada Stalin le permitió adivinar los planes del enemigo y derrotarlos". Y, por último, este toque incomparable: "Stalin nunca permitió que su obra fuera empañada por la más leve insinuación de vanidad, engreimiento o autoadulación." /22. Igual que un narcómano, ansiaba el incienso que quemaban para él y se lo administraba él mismo en dosis cada vez mayores. Parecía estar tratando todavía de escapar al sentimiento de inferioridad que durante tanto tiempo lo había atormentado, a la incertidumbre interior, a la soledad en el pináculo del poder y al horror que le producía la distancia que lo separaba del pueblo a sus pies. El efecto de la adulación en las mentes sometidas a ésta sin cesar fue el de imprimir en ellas la imagen de Stalin como una fuerza casi sobrenatural e inamovible, una fuerza a la que era inútil resistirse aun en los pensamientos y sentimientos más ocultos.

Jruschov nos ha dejado una vivida descripción del círculo íntimo de Stalin en aquellos años. Ningún César decadente, ningún Borgia trató a sus lacayos con más desdén y arbitrariedad que Stalin a los más altos dignatarios del Estado y a los miembros de su Politburó. Él "actuaba en nombre de ellos... sin pedirles su opinión...; con frecuencia ni siquiera les informaba acerca de sus... decisiones sobre asuntos muy importantes del partido y el Estado... durante todos los años de la guerra no se efectuó una sola sesión plenaria del Comité Central... Ciertamente es que hubo un intento de convocar una sesión del Comité Central en octubre de 1941. Los miembros en todas partes del país fueron llamados a Moscú. Esperaron dos días...pero en vano. Stalin ni siquiera se dignó recibirlos y hablar con ellos". Jruschov señala que Stalin se había vuelto especialmente voluntarioso y tiránico desde la liquidación de los trotskistas y los bujarinistas (en la que Jruschov y sus semejantes colaboraron ávidamente con él). "Stalin pensó que de entonces en adelante podía decidirlo todo él solo; ahora sólo necesitaba comparsas; los trataba a todos en tal forma que sólo podían escucharlo y elogiarlo." En realidad, después de haber destruido la oposición antistalinista, Stalin procedió a reprimir a su propia facción, los estalinistas. Las revelaciones de Jruschov se refieren precisamente a esta última etapa de las grandes purgas, cuando Stalin abrigó sospechas de cripto-trotskismo o cripto-bujarinismo entre sus propios partidarios.

En consecuencia, ordenó el arresto y la ejecución de la gran mayoría -1,108 de 1,966- de los delegados al XVII Congreso del Partido, celebrado en 1934, y del 70 por ciento -98 de 139- de los miembros del Comité Central elegidos en ese Congreso /23. Todos ellos eran estalinistas: los libros de texto se referían al XVII Congreso como el "congreso de los vencedores" porque en él los estalinistas celebraron su triunfo

22/ N. Krushchev, *The Dethronement of Stalin*.

23/ Krushchev, *op. cit.* 550.

final sobre todas las oposiciones dentro del partido. Después de la aniquilación de más de dos terceras partes de los principales cuadros estalinistas, los sobrevivientes temblaron, temiendo por sus vidas. "En la situación que entonces prevalecía", relata Jruschov, "conversé frecuentemente con Nikolai Alexándrovich Bulganin; una vez, mientras viajábamos en automóvil, él dijo: *Sucedo a veces que un hombre va a ver a Stalin, invitado como amigo, y cuando está con él no sabe adonde será enviado a continuación, si a su casa o la cárcel*". "Stalin era un hombre muy desconfiado, enfermo de suspicacia... Podía mirarlo a uno y decir: '¿Por qué se mueven tanto sus ojos hoy? o ¿Por qué se da tantas vueltas y evita mirarme directamente a los ojos? Se comportaba con gran obstinación y lo ahogaba a uno moral y físicamente".

Después de la guerra "Stalin se volvió todavía más caprichoso, irritable y brutal... Su manía persecutoria alcanzó dimensiones increíbles". Desde que Jruschov hizo estas declaraciones se ha hecho habitual referirse a la paranoia de Stalin. Sin embargo, no es necesario suponer que se volvió loco en el sentido estricto. Su comportamiento paranoico se derivaba de su situación; era inherente a la lógica de las grandes purgas y a sus consecuencias. La suspicacia con que él trataba incluso a sus propios partidarios no era infundada. Ellos habían estado con él y lo habían apoyado durante la persecución de los trotskistas, zinovievistas y bujarinistas; pero cuando la persecución se convirtió en la gran matanza de 1936-38, muchos de los estalinistas más fieles sufrieron una sacudida y empezaron a sentir remordimientos. Ellos habían aceptado las premisas de la acción de Stalin, pero no las consecuencias. Habían estado de acuerdo en suprimir a las oposiciones, pero no en aniquilarlas físicamente. Postyshev, Rudzutak, Kos-sior y otros se atrevieron a expresar su remordimiento o sus dudas y a cuestionar los procedimientos de Vishinsky. Al hacer tal cosa, incurrieron de inmediato en sospechas de deslealtad por parte de Stalin; y, en verdad, se estaban volviendo "desleales" a éste. Al cuestionar la necesidad de exterminar a los trotskistas y los bujarinistas, no estaban poniendo en tela de juicio una cualquiera de las decisiones políticas de Stalin; estaban impugnando su carácter moral y sugiriendo que había cometido una enormidad imperdonable. Si su conducta futura hubiere de ser consecuente, estaban destinados a trabajar para derrocarlo. En ese caso, podrían ser más peligrosos para Stalin que los bujarinistas o los trotskistas, pues podrían usar contra él la influencia y el poder que aún ejercían como dirigentes de su propia facción. Stalin tenía que suponer que sus acciones serían consecuentes con sus palabras. No podía permitirse el lujo de esperar y ver si en realidad iban a usar su poder contra él. Por su propia conservación tenía que detenerlos. Y sólo destruyéndolos podía detenerlos.

Stalin se movía dentro del círculo vicioso de su terror, en el que su mente, aun cuando estuviera perfectamente sana, estaba condenada a ser presa de la manía persecutoria. Mientras más realista, sobria y justa fuera su apreciación de los hombres que lo rodeaban, más agudos se hacían la desconfianza y el temor que ellos le inspiraban. Mientras menos se engañaba a sí mismo, más espantosas eran sus pesadillas. No podía mantenerse en el poder y destruir a toda su propia facción; tenía que salvar una parte de ella, mantenerla viva y utilizarla como el instrumento de su régimen. Pero, ¿con qué sentimiento le servían los sobrevivientes? ¿A hombres como Molotov, Jruschov, Malenkov, Kaganóvich, Beria y Mikoyán no les importaba la ejecución de Rudzutak, Kossior, Postyshev y Eikhe, que habían sido sus camaradas más íntimos en la vieja guardia estalinista?. Si no les importaba, eran unos bribones sin asomo de conciencia: ¿cómo, entonces, podía Stalin contar con su lealtad? Si les importaba, entonces, por más cuidadosamente que disimularan sus sentimientos, no podían sino abrigar un profundo resentimiento y odiar a su jefe desalmado. En cualquiera de los dos casos, Stalin no podía dar por segura su obediencia ni su obsequiosidad. Tenía que desconfiar de ellos, vigilarlos y estar en guardia contra ellos. Algunas veces, como cuando gruñía: "¿Por qué se mueven tanto sus ojos hoy?", trataba de penetrar en sus pensamientos y sentimientos ocultos. Pero éstos eran impenetrables; él mismo los había hecho así. Una vez que había obligado a sus lugartenientes y sus servidores a fingir una admiración y una devoción sin límites, a simular y a llevar máscaras, no podía inducirlos ahora a que mostraran su verdadero rostro. No hubiera sido extraño que estuvieran tramando algo. Nadie es más propenso a ver en el autócrata la fuente de todos los males que los cortesanos del déspota, los testigos más directos de su omnipotencia, los que mejor saben con cuánta frecuencia sus propios destinos y la dirección de los asuntos públicos dependen del capricho o la soberbia de aquél. La idea de conspirar les viene a la mente de manera muy natural; la revuelta palaciega es su método de acción característico.

¿No hubo en el Kremlin intentos de revuelta palaciega durante esos años, cuando el Kremlin era el único centro de actividad política en el país? Ninguna de las historias íntimas que nos han contado los sucesores de Stalin contiene una respuesta a esta pregunta. Lo que sí revelan, sin embargo, es que durante los últimos años de Stalin existieron los elementos de una conspiración casi permanente en su círculo íntimo. Sus colaboradores más cercanos vivían en constante temor, oscilando sin cesar entre el poder y la desgracia, entre la vida y la muerte. El instinto de conservación, cuando menos, debe de haberlos movido a actuar en alguna forma; y si Jruschov y otros dirigentes del partido pudieran expresarse con tanta abominación y cólera contra Stalin en 1956, esas emociones seguramente debieron de alentar en ellos mientras él vivió también, tentándolos a liberarse del incubo. Stalin no podía dejar de intuir o adivinar esto.

¿Por qué, entonces, nunca se materializó ninguna conjura contra él? Es evidente que los conspiradores potenciales eran frenados por fuertes inhibiciones. Sus hábitos de pensamiento marxistas, con todo lo residuales y pervertidos que eran, rechazaban el uso del "terror individual". Mucho más poderosa era la inhibición enraizada en el sentimiento de culpa y responsabilidad colectivas. Malenkov, Jruschov, Beria, Molotov, Bulganin y sus amigos habían sido cómplices de tantas de las fechorías de Stalin, y estaban ligados a él por tantos vínculos que habría sido suicida tratar de romper violentamente esos lazos. (Incluso cuando, después de su muerte, trataron de cortar los lazos sin violencia, se hallaron encaminados al desprestigio.) Debe recordarse que el terror golpeó por primera vez a los propios partidarios de Stalin poco antes de la segunda Guerra Mundial, cuando tuvieron razones para temer que una revuelta palaciega arruinara la moral y las defensas del país. La guerra pospuso la crisis en la cumbre de la jerarquía. Después de la guerra, Stalin quedó protegido por su victoria: ¿quién se hubiera atrevido a levantar la mano contra el Generalísimo en su gloria?

Fue necesario que pasara tiempo antes de que las nuevas desdichas, el nuevo terror y las nuevas desilusiones empañaran la gloria y empujaran una vez más a los hombres a la desesperación. Así, pues, no fue sino en los últimos años de Stalin cuando la crisis en la cumbre volvió a plantearse. La caída de Voznesensky y el *affaire* de Leningrado fueron sus primeras manifestaciones. Las nuevas purgas no habían sido precedidas, como las de los trotskistas y bujarinistas, por conflictos prolongados y parcialmente abiertos en torno a cuestiones de ideología y línea política. De tal suerte, nadie podía decir qué posiciones habían sostenido hombres como Voznesensky o Kuznetsov y qué presagiaba su desgracia. Tal vez no había cuestiones políticas fundamentales en juego. Ahora bastaba que un miembro del Politburó o un secretario del Comité Central irritara involuntariamente al *Vozhd*, o se viera sorprendido en una oscura intriga cortesana, para que su destino quedara sellado; y su destino era una advertencia a los demás.

Jruschov relata que poco después de la desaparición de Voznesensky, él, Malenkov y otro miembro del Politburó visitaron a Stalin para interceder en favor de su colega. "Voznesensky", les replicó Stalin, "ha sido desenmascarado como un enemigo del pueblo y fusilado hoy mismo por la mañana. ¿Quieren ustedes decirme que también ustedes son enemigos del pueblo?". Después de tal declaración, Jruschov y sus camaradas sólo podían hacer una de dos cosas: o exigir inmediatamente una reunión del Politburó (o del Comité Central) para considerar el asunto, lo cual habría equivalido a iniciar una revuelta, o batirse en retirada. Se batieron en retirada. Sabían que serían liquidados aún antes de que trataran de convocar al Politburó. Stalin se enteraría de su intención antes de que ellos logran comunicarse con los otros miembros; cada uno de ellos era espiado y escuchado hasta en la intimidad de su alcoba o su cuarto de baño. Y el Politburó, para no hablar del Comité Central, era de todos modos incapaz de actuar. Stalin lo mantenía dividido instigando las más furiosas rivalidades entre sus miembros. Temeroso de que los hombres de su séquito conspiraran contra él, él mismo conspiraba sin descanso contra ellos.

La salud del septuagenario declinaba y su vigor menguaba rápidamente. No se asemejaba en nada, observa Ehrenburg, a sus retratos públicos, sino que tenía el aspecto de "un viejecito de rostro devastado por los años". Con todo, nadie se atrevía a pensar y nadie se atrevía siquiera a susurrar una palabra sobre lo que sucedería después de su muerte. "Desde hacía mucho tiempo", añade el mismo escritor, "habíamos olvidado que Stalin era mortal. Se había transformado en una deidad omnipotente y misteriosa." "No llegaba a imaginármelo muerto", dice Evtushenko, el poeta de la joven generación. "Formaba parte de mí mismo y no comprendía de qué manera podríamos separarnos jamás /24".

24/ I. Ehrenburg, *Memorias*, vol. III; E. Evtushenko, *op. cit.*

Su voluntad era omnipresente, por decirlo así, y él mismo era casi invisible. Los moscovitas lo columbraban en muy raras ocasiones, en una fiesta nacional, cuando presidía un desfile desde lo alto del Mausoleo de Lenin, o en ocasión del sepelio de algún dignatario, cuando por unos momentos marchaba junto al féretro hasta la sepultura al pie de las murallas del Kremlin. Durante cinco años aproximadamente no hizo una sola declaración pública (aparte unas cuantas desabridas entrevistas concedidas a periodistas extranjeros; pero los periodistas casi nunca lograban acceso a su presencia; recibían las respuestas a sus preguntas por escrito). Cuando en los primeros días angustiosos de la guerra de Corea decidió hacer un pronunciamiento, éste fue sobre... lingüística. En una serie de cartas que ocuparon muchas páginas de una edición ampliada de *Pravda*, Stalin atacó la escuela académica de N. Y. Marr, que durante casi tres décadas había sido la intérprete marxista autorizada del lenguaje /25.

Stalin, sin inhibirse por la escasez de sus propios conocimientos -sólo poseía los rudimentos de un idioma extranjero-, se explayó sobre la filosofía de la lingüística, la relación entre lengua, jerga y dialecto, los procesos mentales de los sordomudos y la lengua mundial única que nacería en un futuro remoto, cuando la humanidad quedara unificada bajo el comunismo. Adornando su epístola con un poco de liberalismo, censuró el monopolio que la escuela de Marr había establecido en la lingüística soviética y protestó contra la represión de las opiniones de sus adversarios. Tales prácticas declaró eran dignas de los tiempos de Arakchéiev, el tristemente célebre jefe de la policía de Alejandro I. Pareció situarse al margen del conformismo que imperaba en la prensa, de los ataques de Lisenko contra los biólogos heterodoxos, de 'a embestida zhdanovista contra los "modernistas decadentes" en las artes, y de la campaña contra los "cosmopolitas desarraigados" y los "liberales podridos". Él, el instigador de todas esas cacerías de brujas, se presentó ante el público como el árbitro intelectual de la nación, más aún, como el custodio de la libertad académica. Sin embargo, concluyó criticando a aquellos que decían que, puesto que la Unión Soviética no vivía ya cercada por el capitalismo hostil, sino entre naciones socialistas amigas, era tiempo de que el Estado fuera "desapareciendo gradualmente", es decir, de que la coerción política fuera desechada. No, replicó Stalin, el Estado no podía empezar a desaparecer antes de que el socialismo triunfara en la mayoría de los países, y no sólo en unos cuantos. Acuñaado en términos dogmáticos, éste fue su *Pas de Revés!* dirigido a los intelectuales.

Su edicto sobre la lingüística fue saludado como un acontecimiento de trascendencia histórica; y durante unos cuantos años los escritorzuelos del partido, privados de nuevos textos de su amo silencioso, citaron una y otra vez sus lucubraciones sobre los procesos mentales de los sordomudos (en artículos que pretendían ilustrar al pueblo sobre los asuntos políticos del momento). No fue sino hasta octubre de 1952 cuando dio a conocer un nuevo y más significativo pronunciamiento sobre "Los problemas económicos del socialismo en la URSS" y una serie de cartas que había dirigido a varios académicos en relación con una discusión sobre un libro de texto de economía. Entre meditaciones en torno a la "transición del socialismo al comunismo" en la URSS, examinó la división entre la industria socializada y la agricultura semicolectiva y semiprivada en la economía soviética. Señaló que los intereses y el comercio privados de los campesinos entorpecían el progreso de la nación, y dio la siguiente voz de alarma: "Sería ceguera imperdonable no advertir que... estos fenómenos están empezando ya a obrar como un freno... obstruyen la planificación estatal en su esfuerzo por abarcar el conjunto de la economía nacional... mientras más avancemos, más frenarán estos fenómenos el continuo crecimiento de las fuerzas productivas del país".

De esa manera le permitió al país vislumbrar la controversia en el grupo gobernante en torno a la política agraria (un indicio previo había sido el rechazo oficial de la idea de las "agrocidades" de Jruschov). Stalin repudió ahora una proposición presentada por varios economistas -la misma que Jruschov habría de hacer suya cinco años más tarde- en el sentido de que el Estado vendiera sus estaciones de maquinaria y tractores a las granjas colectivas. Stalin se oponía sobre la base de que no podía confiarse en que los granjeros renovarían y modernizarían la maquinaria agrícola como lo hacía el Estado, y de que la venta de las estaciones de maquinaria y tractores a aquéllos fortalecería las tendencias no socialistas en la economía rural que ya estaban entorpeciendo la planificación nacional. Propuso restringir gradualmente el comercio rural y establecer un intercambio directo de productos industriales y agrícolas entre el gobierno y las granjas colectivas. Pero insistió en que ésta sólo podía ser una solución a largo plazo, y no le ofreció al partido ningún consejo en cuanto a cómo enfrentarse inmediatamente al es-

25/ Stalin, *Marxism i Voprosy Yazykoznaniya*.

tancamiento en la agricultura. Este problema se lo dejó en herencia -el aplastante legado de su colectivización forzosa- a sus sucesores.

El 4 de octubre de 1952, un día después de la publicación de estas observaciones, se inauguró el XIX Congreso; y por primera vez desde 1923 Stalin no presentó el informe principal ante los delegados. La tarea correspondió a Malenkov, tal como había correspondido por primera vez a Stalin en el último año de Lenin; y Jruschov presentó proposiciones para cambios en los estatutos del partido. Así se le dio a entender al partido que el problema de la sucesión estaba en la orden del día. Stalin ocupó un asiento en la tribuna, retraído y distante, como objeto de interminables homenajes y ovaciones rituales. Un orador tras otro citó sus "Problemas económicos", pero no hubo verdadero debate. Los delegados votaron con "unanimitad del cien por ciento" en favor de un nuevo plan quinquenal y de los cambios en los estatutos del partido. Sólo durante la sesión final se levantó Stalin para pronunciar unas cuantas palabras acerca de la posición de la Unión Soviética en el mundo. La época, dijo, en que la Unión Soviética vivía sola como un baluarte aislado del socialismo, pertenecía al pasado. Ahora se hallaba rodeada por las amistosas "brigadas de choque" de nuevos Estados socialistas; y en solidaridad y cooperación con éstos le sería más fácil llevar adelante el cumplimiento de sus tareas. También exhortó a los partidos comunistas del mundo capitalista a "alzar la bandera de la libertad democrático-burguesa" y a luchar por la independencia de todas las naciones. Habló con optimismo, incluso con calor. Sin embargo, lo que pronunció fue una Oración fúnebre por su propia doctrina del socialismo en un solo país. Este fue su último mensaje al partido y a la nación que había gobernado durante tres décadas.

A pesar de las reconfortantes palabras de Stalin, el Congreso intuyó la proximidad de acontecimientos enigmáticos y ominosos. Malenkov y otros oradores aludieron a los peligros que depararía el porvenir, al agravamiento de los conflictos sociales y la lucha de clases, y a la necesidad de la más estricta vigilancia. Al igual que en vísperas de las purgas de la preguerra, por todas partes se elevaba el clamor en solicitud de vigilancia. Como anticipándose a un nuevo rompimiento con el pasado, el Congreso resolvió que el partido no debería seguir llamándose "bolchevique". El nuevo Comité Central, al cual fueron elegidos 240 miembros, duplicó su tamaño en relación con el anterior. El Comité, a su vez, eligió un Presidium -el Politburó había sido abolido- dos o tres veces mayor que su antecesor. Tanto el Comité como el Presidium eran demasiado numerosos y recargados en sus niveles superiores para poder funcionar como los organismos dirigentes del partido. ¿Por qué los había hecho así Stalin? Jruschov sostuvo más tarde que Stalin obligó al Congreso a elegir un Comité Central tan grande porque planeaba reducir su tamaño por medio de una purga sangrienta: ya contaba con suplentes para los hombres que había decidido destruir.

En la primera sesión del nuevo Comité, continúa relatando Jruschov, Stalin atacó violentamente a Molotov y Mikoyán, contra los cuales hizo acusaciones no especificadas (ya había expresado la sospecha de que Voroshilov era un "agente británico"). Stalin estaba empeñado una vez más, según Jruschov, en "liquidar" a los viejos miembros del Politburó a fin de eliminar los testigos de sus crímenes, quienes podrían atestiguar contra él para la posteridad. Sea cual fuere la verdad del asunto, inmediatamente después del Congreso la atmósfera se cargó de terror. En noviembre comenzó en Praga el gran proceso contra Slansky, Clementis y otros comunistas checoslovacos calificados de trotskistas, titoístas y espías sionistas-norteamericanos. Éste fue el último de la serie, de procesos en Europa oriental y el preludio de nuevas purgas en Moscú. Dificilmente pasaba un día sin que se produjeran ataques malévolos y misteriosamente inspirados contra hombres eminentes en el partido y en las profesiones; sin que se hicieran imputaciones de una criminal falta de vigilancia en los lugares más elevados; sin que se propalaran oscuras insinuaciones acerca de la infiltración de "enemigos del pueblo" y espías; y sin que continuara elevándose el clamor contra los "cosmopolitas desarraigados" de origen judío. *Pravda* les recordaba sañudamente a sus lectores que cualquier ciudadano soviético compartía la responsabilidad de los delitos cometidos por sus parientes: la advertencia evocaba con mucha claridad los días de Ya-goda y Yezhov. Pocos sabían a quiénes iba dirigida. Pero dos de los hijos de Mikoyán acababan de ser detenidos; y la esposa de Molotov, veterana del partido y figura política por derecho propio, había sido deportada de Moscú. El año terminó con la degradación de Fedoseiev, el director de la revista *Bolshevik*, a quien Súslov, uno de los secretarios del Comité Central, denunció como cómplice de *Voznesensky*.

Por último, el 3 de enero de 1953, se anunció oficialmente que nueve profesores de medicina, todos ellos empleados en el Kremlin como médicos de cabecera de los hombres del grupo gobernante, habían sido desenmascarados como agentes de los servicios secretos norteamericano y británico, por órdenes de

los cuales habían asesinado a dos dirigentes del partido, Zhdanov y Shcherbakov, y habían tratado de dar muerte a los mariscales Vasilevsky, Góvorov, Kóniev, Shtemenko y otros, con el fin de debilitar las defensas del país. La mayoría de estos "asesinos de bata blanca" eran judíos y fueron acusados de obrar bajo la instigación de "Joint", una organización judía internacional con sede en los Estados Unidos. Al país se le dio a entender que la conspiración tenía numerosas ramificaciones no descubiertas aún; y el clamor en demanda de vigilancia, con sus connotaciones antijudías, se elevó a un tono de furia.

La incriminación de los médicos del Kremlin sólo podía ser un comienzo. Los médicos, en sí mismos, tenían poca o ninguna importancia política: no podían ser presentados como hombres empeñados en tomar el poder para sí. Si se llegaba a un proceso, el ministerio público tendría que caracterizarlos como instrumentos de hombres con ambiciones políticas más obvias, y como cómplices de otros conspiradores cuyo interés en la política fuera creíble y, por decirlo así, profesional. Estos conspiradores sólo podrían hallarse en lo alto de la jerarquía del partido, y el desenmascaramiento sensacional del "verdadero" centro director de la conjura sería el clímax del proceso de los médicos. No se dio de inmediato ningún indicio acerca de quiénes podrían ser los principales culpables. Por el momento, los directores de escena del proceso estaban ocupados obligando a los médicos a "confesar" y preparándolos para desempeñar sus papeles prescritos. Los médicos fueron careados con un testigo falso, un tal doctor Timashuk, quien testificó contra ellos en una carta a Stalin (y fue premiado por ello con la Orden de Lenin precisamente en el aniversario de la muerte de Lenin). Jruschov ha descrito cómo el propio Stalin supervisó los interrogatorios y ordenó que los prisioneros fueran encadenados y golpeados. "Si usted no les saca confesiones", le dijo a Ignátiev, ministro de Seguridad del Estado, "le rebajaremos una cabeza de estatura." A continuación distribuyó copias de las confesiones de los médicos entre los miembros del Presidium, a quienes no permitió, sin embargo, examinar el caso y comprobar las acusaciones. Al advertir su incredulidad e inquietud, los increpó: "Ustedes son ciegos como gatos recién nacidos. ¿Qué pasará aquí cuando yo falte?. El país perecerá... ustedes no saben reconocer a un enemigo."

Los miembros del Presidium tenían buenas razones para sentirse perplejos y alarmados. Aun cuando el caso guardaba mucha semejanza con los viejos procesos de las purgas, poseía un rasgo desconcertantemente novedoso. En los viejos procesos, los reos habían sido invariablemente acusados, entre otras cosas, de atentar contra la vida de Voroshilov, Kaganóvich, Molotov y otros dirigentes del partido. Para éstos, el hecho tenía una gran importancia. La lista de las presuntas víctimas era la Nómina Honorífica de Stalin, por decirlo así. Durante los juicios, el fiscal, los jueces y la prensa le había dicho a la nación: "Éstos son nuestros dirigentes irremplazables, de cuyos servicios no podemos prescindir. El enemigo lo sabe; por eso trata de destruirlos." Un miembro del Politburó cuyo nombre era omitido de esta peculiar Nómina Honorífica caía virtualmente en desgracia, pues si los "enemigos del pueblo" no trataban de destruirlo, ello se debía a que él era indigno del alto puesto que ocupaba o tal vez incluso a que era cómplice de aquéllos.

La asombrosa novedad del caso de los médicos era que a los acusados no se les imputaba tratar de asesinar a uno solo de los dirigentes vivos del partido: sólo Zhdanov y Shcherbakov, muertos hacía mucho, figuraban como sus víctimas. La acusación recalcaba con deliberado énfasis que los médicos tenían la mira puesta exclusivamente en los jefes de las fuerzas armadas. Esta extraña circunstancia, el hecho de que el enemigo supuestamente hubiese elegido tan sólo a los mariscales y los generales como blancos, fue motivo de mucha preocupación para los dirigentes del partido. Tuvieron que pensar qué moraleja encerraba la historia. Claramente, quienquiera que fuera su autor se proponía colocar a los militares en un pedestal y, por implicación, menoscabar el prestigio de los dirigentes civiles. ¿Quién había inventado la historia? Su texto exhibía la impronta de la Inteligencia militar más bien que la de la Seguridad del Estado. La rivalidad entre los dos servicios secretos era notoria; y, obviamente, Ignátiev, el ministro de Seguridad del Estado, era un renuente ejecutor de órdenes si Stalin tenía que amenazarlo con "rebajarle una cabeza de estatura", y Beria, el ministro del Interior, difícilmente se hallaba entre los iniciadores: más adelante ese mismo año, cuando los sucesores de Stalin lo "liquidaron" como genio del mal de Stalin y como traidor, no lo acusaron de complicidad en la instigación del caso de los médicos. Pero si la iniciativa provenía de los militares, ¿por qué los apoyaba Stalin? ¿Estaba él -con el pensamiento puesto en la sucesión- alentándolos a intentar la toma del poder? Si así era, ¿qué presagiaba eso para los jefes del partido? ¿Habrían de ser despojados de sus puestos y aniquilados? ¿Era ése el significado de los ataques de Stalin a Molotov, Mikoyán, Voroshilov y Andreiev? ¿Habría de ser ésta tal vez su purga final, su rompimiento definitivo

con el partido que él había degradado y desangrado?. ¿Estaba él, con un pie en la tumba, preparando el escenario, o ayudando a los generales a prepararlo, para el golpe bonapartista que durante tanto tiempo habían temido los bolcheviques?. Pero ¿qué interés tenía Stalin en obrar de esa manera?. Él habría de llevarse su secreto a la tumba; y, mientras tanto, los dirigentes del partido no pudieron, como tampoco ha podido la posteridad, desenredar la madeja de sus intenciones: sus móviles y sus acciones parecieron haber perdido toda coherencia.

La lucha tenía que ver tanto con cuestiones fundamentales de política como con aspiraciones al poder. Las diferencias entre los sucesores de Stalin que hubieron de aflorar a la superficie en 1953 y después, los habían dividido ya anteriormente. Las divergencias entre los grupos de Molotov y Kaganóvich y de Malenkov y Beria -con Jruschov a la expectativa y los militares en un segundo plano- existían ya; aunque, mientras la presencia de Stalin obstruyera todo libre intercambio de opiniones, los grupos no pudieran elaborar las diferencias y darles forma definitiva. La mayoría de los miembros del círculo íntimo de Stalin sabían y sentían que la caldera del Estado estaba peligrosamente sobrecalentada y que era necesario abrir válvulas de escape. Con el último residuo de su intermitente energía, Stalin cerraba y apretaba las válvulas. Los preparativos para una repetición del aquelarre de 1936-38 intensificaban las presiones en la caldera y la tensión entre Rusia y el Occidente. La febril búsqueda de espías norteamericanos debajo de cada cama en el Kremlin, en cada oficina, en cada instituto de investigación, en cada hogar judío y en cada círculo intelectual, era una insania y así se reconocía; pero en la locura podía advertirse un método si se suponía que se estaba preparando al país para la guerra. En ese caso, la decisión de Stalin de exaltar a los mariscales y los generales, y de concentrar en ellos toda la publicidad, podría tener algún sentido. Asimismo podrían tenerlo su obsesión con el secreto, desusadamente intensa aun para él, su insistencia en fuertes aumentos en los gastos militares, y sus otras medidas, todas ellas dirigidas a convertir el país en un campo armado y a convencerlo de que debía estar preparado para rechazar un ataque enemigo en cualquier momento.

En esta forma también podrían explicarse la rigidez y la rudeza de la diplomacia de Stalin. Las hostilidades en Corea se prolongaban, y Stalin impedía la conclusión de las dilatadas negociaciones de un armisticio bajo los pretextos más endebles, como por ejemplo el desacuerdo en cuanto al trato que debía darse a los prisioneros de guerra. Stalin parecía poco dispuesto a permitir que los Estados Unidos se desembarazaran de su compromiso militar en Corea y quedaran en libertad de maniobrar en otros frentes de la guerra fría. Su diplomacia estaba, en realidad, fijada en una inmovilidad que era resultado de un conflicto irresuelto entre líneas políticas opuestas. Era como si un "partido de la guerra" y un "partido de la paz" se enfrentaran en el Kremlin sin llegar a una decisión. Esto no equivale a decir que hubiera elementos influyentes en el gobierno que favorecieran realmente la guerra y que Stalin los patrocinara. Con la nación tan terriblemente debilitada aún por las pérdidas sufridas durante la última guerra, ni siquiera los más cínicos, o los menos realistas, de los responsables políticos podían abrigar designios de agresión militar. Las diferencias se centraban más bien en la estimación de las intenciones del enemigo, en el problema de si las potencias occidentales se proponían atacar a Rusia o a Europa oriental en un futuro previsible. Esta era la cuestión perenne que se hallaba en la base de las disputas de la década de 1920 y que habría de plantearse una vez más en las futuras controversias ruso-chinas. El mismo Stalin la había definido como la cuestión debatible cuando, en su ensayo sobre los "Problemas económicos", había hecho constar su opinión de que las guerras entre las potencias imperialistas y los países socialistas no eran ya "inevitables".

En lo tocante a este punto decisivo, Stalin, independientemente de su afirmación optimista, prevaricaba. Mientras descartaba ostensiblemente la amenaza de un ataque norteamericano, iniciaba o toleraba líneas de acción basadas en la realidad y la inminencia de la amenaza. Sólo si se suponía que Washington planeaba la guerra, había razones -en términos estalinistas- para las incesantes y estridentes denuncias contra los belicistas norteamericanos, para presentar a los médicos del Kremlin como asesinos al servicio de una organización norteamericana-judía, para la movilización y la histórica incitación del país, para mantener ocupadas a las fuerzas norteamericanas en Corea, y para mantener a la Unión Soviética y sus* satélites en un permanente estado de alerta y preparación militar.

Los dilemas de la política exterior pesaban, por supuesto, sobre las cuestiones internas. Quienes sostenían que era necesario mantener a la nación, material y moralmente, en pie de guerra, no podían favorecer ninguna reforma interna que relajara la disciplina política o redistribuyera los recursos económi-

cos de la nación en favor de las necesidades civiles. Todos los partidarios de las reformas internas, por otra parte, eran conducidos por la lógica de su actitud a contar con la posibilidad de un acomodo pacífico con las potencias atlánticas, a pedir una mayor iniciativa y flexibilidad diplomática, y a abrigar esperanzas de una "detente internacional" que habría de permitirles pacificar y normalizar la atmósfera en el interior del país. Entre esos hombres no había ni podía haber ningún propósito de implantar reformas que restauraran las libertades ciudadanas de la nación, le abrieran el camino al gobierno representativo y salvaguardaran así el legado de la revolución. Su objetivo era mucho más modesto, y sin embargo bastante importante: liberar a la nación de la demencia del terror estalinista y racionalizar el método de gobierno. También en la política exterior sus objetivos eran necesariamente limitados, pues sabían que la guerra fría, a diferencia de cualquier conflicto armado, no se podía terminar mediante, el envío de parlamentarios con bandera blanca que gestionaran un cese el fuego. Con todo, aun en la guerra fría había margen para un contacto y una negociación más genuinos entre Rusia y el Occidente, y para fructuosas concesiones mutuas. (También se abrigaban, sin embargo, planes y ambiciones de mayor alcance: Beria, por ejemplo, contemplaba la idea de una retirada soviética de Berlín y Alemania oriental, idea que poco después habría de costarle la cabeza).

Ello no obstante, mientras Stalin conservó el mando, todas las vías hacia cambios y reformas quedaron obstruidas, y con cada semana que pasaba la situación se iba haciendo más explosiva e incalculable. Stalin gustaba de jactarse de su astucia táctica y su realismo. Hablaba con desprecio de los "conquistadores codiciosos" que, como Hitler, eran incapaces de "ajustar sus objetivos a su capacidad" y no sabían "dónde detenerse" /26. Él no era Hitler, solía decir; él sabía dónde detenerse. El alarde no era del todo infundado. Stalin se había detenido una y otra vez al borde mismo del conflicto armado con sus antiguos aliados. Se había detenido en los Dardanelos; se había detenido en Persia; se había detenido antes de atacar a Tito con la fuerza armada; se había detenido antes de convertir el bloqueo de Berlín en un desastre definitivo. Pero no se podía saber con facilidad hasta dónde estaba dispuesto a llegar en el conflicto engendrado por la guerra de Corea. "¿Sabe todavía dónde detenerse?", se preguntaban ahora los hombres que lo rodeaban.

Una cosa es indudable: ya no sabía dónde detenerse en las ofensas y los ultrajes a su propia nación. No tenía la menor conciencia de la crisis moral en que la había sumido. No comprendía que era imposible, para él y para cualquiera, seguir aplicando su método de gobierno, y que sus ideas y su engrimiento se hallaban en irreconciliable conflicto con las necesidades del país y con las realidades de la época. Su tutela era ya anacrónica para la nación, y ésta no podía tolerarla durante mucho tiempo. La imagen que él tenía de su propio pueblo era todavía la de aquella sociedad primitiva, preindustrial y, en gran parte, analfabeta sobre la que él había instaurado su régimen. Stalin era incapaz de adaptarse a la Rusia de mediados de siglo, la Rusia que, en parte a pesar de él pero en parte bajo su inspiración, se había industrializado, había modernizado su estructura social y educado a sus masas. La transformación proseguía aún; la nación tenía un largo camino que recorrer antes de que pudiera beneficiarse verdaderamente de sus resultados. Con todo, es un hecho que "Stalin encontró a Rusia trabajando con un arado de madera y la dejó equipada con pilas atómicas" /27, aun cuando la época del arado de madera persistía en demasiados niveles de su existencia nacional. Este resumen del papel de Stalin es, por supuesto, un homenaje a sus logros. Pero en el estalinismo también coexistieron grotescamente el arado de madera y la pila atómica, al igual que la barbarie primitiva y el marxismo; y a medida que la nación avanzaba, los factores retrógrados del régimen de Stalin entorpecían cada vez más el progreso y amenazaban detenerlo.

El caprichoso despotismo de Stalin se había nutrido de la indolencia y el torpor del viejo campesino, en cuyas filas había sido reclutada incluso la nueva clase obrera; pero discordaba del todo con la enorme sociedad urbana e industrial que había nacido. El control supercentralizado que él y sus favoritos ejercían desde el Kremlin sobre la economía entera podía haber tenido sus ventajas en las primeras fases de la "acumulación primitiva", cuando fue necesario movilizar los escasísimos recursos del país y cuidar de que cada tonelada de acero, carbón o cemento fuera canalizada al centro de construcción indicado y empleada en la forma prescrita. Pero este método se iba haciendo absolutamente perjudicial cuando se aplicaba a un sistema industrial vasto, tecnológicamente avanzado y complejo. De manera similar, la coerción por medio de la cual el gobierno de Stalin trasplantó a millones de *muzhiks* a las fábricas, los adiestró en las téc-

26/ Véase, por ejemplo, el comentario de Stalin, durante la guerra, al Secretario de Relaciones Exteriores británico. *The Edén Memoirs, The Reckoning*, p. 413.

27/ La cita está tomada de mi obituario de Stalin publicado en el *Manchester Guardian* del 6 de marzo de 1953.

nicas productivas y los ató a sus trabajos, pudo haberse justificado en parte mientras la mano de obra y las técnicas productivas escasearon desesperadamente. Algo podía haberse dicho entonces en favor de la determinación, aunque no de la crueldad, con que Stalin fomentó la desigualdad por medio de los salarios diferenciales y del stajanovismo. Pero a medida que la especialización industrial se hizo cada vez menos escasa, la coerción y los excesos de la desigualdad obstruyeron el desarrollo económico, y produjeron apatía y depresión en la inmensa mayoría de los obreros. En términos generales, el terror, justificado originalmente por la necesidad de defender las "conquistas de octubre" frente a la contrarrevolución, se hacía más y más pernicioso a medida que la nueva estructura social se consolidaba y la posibilidad de una restauración capitalista se volvía más remota. Las repetidas cacerías de brujas y purgas aplastaban toda iniciativa social y responsabilidad tanto en la burocracia como en las masas. Y el culto del Jefe que había ofrecido a las masas de *muzhiks* ignorantes la "imagen del padre", sustituto de Dios y el zar, era un insulto a la inteligencia de una nación que se modernizaba con ahínco, absorbía ávidamente la ciencia moderna y alcanzaba la madurez cultural.

Hemos dicho anteriormente que el estalinismo libró a Rusia de la barbarie por medios bárbaros /28. Ahora es preciso añadir que no podía continuar haciéndolo indefinidamente. En los últimos años de Stalin, el impacto progresista de su régimen fue quedando nulificado de manera creciente por los métodos que él empleaba. A fin de seguirse civilizando, Rusia tenía ahora que librarse del estalinismo. Nada impartía más urgencia a esta necesidad que la interferencia del dogma estalinista con la biología, la química, la física, la lingüística, la filosofía, la economía, la literatura y las artes -una interferencia que hacía recordar los días en que la Inquisición decidía, para todo el mundo cristiano, cuáles eran las ideas correctas y las incorrectas acerca de Dios, el Universo y el Hombre-. En las universidades soviéticas la obra de Einstein fue tabú hasta 1953-54, y las ideas de Freud todavía lo son. Semejante intrusión del dogma teológico o burocrático en el funcionamiento de la mente científica pertenece esencialmente a una época preindustrial. En la Rusia de mediados de siglo equivalía a un sabotaje de la ciencia, la tecnología y la defensa nacional. Ni siquiera el interés seccional más estrecho se beneficiaba de ese sabotaje; y todas las personas instruidas ansiaban ponerle fin. Para lograr su propósito tenían, en primer lugar, que despejar la bruma asfixiante del chovinismo y la xenofobia gran-rusos que, en una era de tremenda revolución tecnológica, aislaban a su país del movimiento mundial de las ideas y lo obligaban a nutrirse de las hazañas exclusivas del genio autóctono de Moscovia.

El aislamiento estalinista, que tan plausible y realista les había parecido a muchas personas en las décadas de 1920 y 1930, se revelaba ahora en su absurdo último: del socialismo en un solo país había pasado a la ciencia en un solo país. Tal egocentrismo nacional era un anacronismo intolerable cuando el destino de Rusia había quedado inextricablemente ligado al del resto del mundo. Incluso desde el punto de vista estalinista, la disparatada glorificación de la vieja Madre Rusia no podía reconciliarse con la propagación de la revolución en los años recientes. Una tercera parte de la humanidad vivía ya bajo gobiernos comunistas, y el estalinismo hablaba como si sus dominios se redujeran a la antigua *gubernia* de Tambov o al distrito de Tula. En el Kremlin se había perdido todo sentido del tiempo. El escándalo de la "conjura de los médicos" puso de manifiesto, en último término, una gangrena moral. No fue sólo uno de los muchos ejemplos del trato equívoco de los judíos por parte de Stalin. El cuento de la conspiración antisoviética de la judería mundial tenía el mismo olor de los Protocolos de los Sabios de Sión y de los infundios del Ministerio de Propaganda de Goebbels.

Sí se hubiera permitido que la intriga llegara a sus últimas consecuencias -si se hubiera llevado a cabo el proceso contra los médicos-, ésta sólo habría tenido una secuela: un pogromo en escala nacional. Sin embargo, el gobierno que había instigado la intriga seguía profesando el marxismo-leninismo, seguía ordenando la publicación de los escritos de los fundadores de las Internacionales proletarias en millones de ejemplares, y seguía incluyendo el estudio de esos escritos en los programas educativos que eran obligatorios en sus escuelas. Stalin golpeó ahora las raíces mismas de la idea en que se había fundado la revolución, el partido y el Estado; estaba destruyendo el acta de nacimiento y el título de propiedad ideológico de su propio régimen. Mediante esta acción, el estalinismo cometía suicidio aun antes de la muerte de su progenitor. El partido, pese a su degeneración y su embrutecimiento, no podía seguir a Stalin por el camino hacia su propia destrucción, como tampoco podían seguirlo los numerosos ele-

28/ Véase p. 513.

mentos avanzados de la intelectualidad y la clase obrera. El escándalo sólo sirvió para acelerar la descomposición del estalinismo y para preparar una reacción contraria. Fue liquidado menos de un mes después de la muerte de Stalin; y la completa rehabilitación de los médicos hubo de ser una de las primeras manifestaciones del rompimiento del país con el estalinismo /29.

Al hacer la recapitulación del régimen de Stalin en 1948 escribí que "no puede compararse a Stalin con Hitler entre los tiranos cuya ejecutoria ha sido absolutamente negativa y fútil. Hitler fue el jefe de una contrarrevolución estéril, mientras que Stalin ha sido tanto el jefe como el explotador de una revolución trágica y contradictoria de sí misma, pero creadora."³⁴ Esto sigue siendo válido si se considera la carrera de Stalin en su totalidad. "Es seguro que la mejor parte de la obra de Stalin", añadí, "sobrevivirá a éste, de la misma manera que las mejores partes de la obra de Cromwell y Napoleón sobrevivieron a sus creadores." Esto también puede seguirse considerando válido; pero debe añadirse que en los últimos años de Stalin los peores rasgos de su régimen se agravaron y agrandaron. Esta circunstancia sólo confirma nuestra conclusión de que "a fin de salvar la obra de Stalin para el futuro y de darle su pleno valor, la historia todavía tendrá que depurarla y reformarla con el mismo rigor con que depuró y reformó la obra de la Revolución Inglesa después de Cromwell y de la Revolución Francesa después de Napoleón". Ahora sabemos que la historia comenzó esta depuración y esta reforma el mismo día que Stalin exhaló su último aliento. "Historia" que no representa aquí ninguna Voluntad Suprema, *Zeitgeist* o Ley Abstracta, sino la acción efectiva de los seres humanos, impulsados a actuar por sus necesidades e ideas. Fueron las necesidades de la sociedad soviética al término de esta época grande y sombría, y las ideas que esa sociedad había heredado de la Revolución de Octubre, las que impulsaron a sus elementos progresistas a romper con el estalinismo. En los últimos años de la década del 40 pudo haber parecido una esperanza excesiva aquella de que "los numerosos elementos positivos y valiosos en la influencia educativa del estalinismo se volverán, a la larga, contra sus peores aspectos".

Esta esperanza también se ha visto cumplida ahora, aun cuando el conflicto entre los elementos discordantes del legado estalinista no se haya resuelto todavía a mediados de la década del 60. La principal característica de la sociedad soviética en la primera década, aproximadamente, después de Stalin radica en la contradicción entre su impulso socioeconómico progresista, despertado por la revolución y estimulado por la victoria en la segunda Guerra Mundial, y su atrofia moral y política, producida por décadas de régimen totalitario y por el exterminio de todos los centros independientes de pensamiento y acción políticos. Un cambio radical en el gobierno y en el modo de vida de la Unión Soviética vino a ser una necesidad nacional, al mismo tiempo que no existía en la masa de la población ninguna fuerza política organizada capaz de producir ese cambio o de reclamarlo en forma coherente. No había, por consiguiente, ninguna posibilidad inmediata de un derrocamiento revolucionario del despotismo burocrático. Tampoco surgió de los estratos más profundos de la sociedad ningún movimiento organizado en favor de reformas graduales. Las reformas sólo podían provenir de arriba, del mismo grupo gobernante, de los partidarios y cómplices de Stalin. Esta circunstancia determinó de antemano el carácter vacilante, contradictorio y oportunista de la llamada desestalinización.

Ésta no fue, por cierto, la primera vez que un cambio vital y muy retardado en el modo de existencia de Rusia se llevó a cabo desde arriba por medios puramente burocráticos. Cien años antes, después de la muerte del zar Nicolás I, fue su hijo Alejandro II quien decretó la abolición de la servidumbre, la mayor de todas las reformas en toda la historia de la Rusia prerrevolucionaria. Cuando los descorazonados propietarios de siervos, considerándose traicionados por el zar, protestaron, éste les respondió: "Más vale abolir la servidumbre desde arriba que esperar a que empiece a abolirse a sí misma desde abajo." De manera similar, en los últimos días de Stalin sus sucesores decidieron que más valía abolir los peores rasgos del estalinismo desde arriba que esperar a que fueran abolidos desde abajo. Pero del mismo modo que la desganada emancipación del zar había dejado a Rusia con su inmenso problema agrario irresuelto, así la desestalinización de Malenkov y Jruschov hubo de dejar a la Unión Soviética con sus aspiraciones socialistas todavía incumplidas y con su anhelo de libertad frustrado. La historia tiene aún que completar "la depuración y la reforma" de la obra de Stalin.

29/ I. Deutscher, *Russia After Stalin*, capítulo VI; "The Moral Climate". ** Véase p. 514.

La muerte de Stalin fue anunciada en la mañana del 6 de marzo de 1953. De acuerdo con los partes médicos oficiales, había sufrido, seis días antes, una hemorragia cerebral y un ataque de parálisis que lo dejaron sin habla e inconsciente. La noche del 4 de *marzo* un segundo ataque afectó su corazón y sus órganos respiratorios. Murió -a los 73 años de edad- el día siguiente a las nueve y media de la noche.

Su breve enfermedad dio a sus sucesores justamente el tiempo necesario para considerar cómo debían enfrentarse al país y ponerse de acuerdo en cuanto a una redistribución provisional de los más altos puestos en el partido y el Estado. Según todas las versiones, la nación reaccionó frente al acontecimiento con los estados de ánimo contradictorios que la compleja y ambigua personalidad de Stalin inspiraba: algunos lloraron angustiados, otros suspiraron con alivio; la mayoría quedó anonadada y temerosa de pensar en el futuro. Sus sucesores se movieron con cautela. No habían sido más que las sombras de Stalin, y ahora no podían gobernar el país como sus sombras. No se sentían inclinados a rendir al muerto el hipócrita homenaje que le habían rendido al hombre vivo; y les aterraba la idea de no rendírselo. Incluso quienes entre ellos ansiaban liberarse de la pesada carga de su culto, del cual habían sido los sumos sacerdotes, pensaban con alarma en la conmoción que podrían provocar mediante cualquier acto que pudiera parecer una denigración de Stalin. En su sepelio, por consiguiente, Malenkov, Molotov y Beria hablaron sobre sus méritos en tono asordinado, con inusitada moderación. Mientras se efectuaba la ceremonia, inmensas multitudes avanzaron espontáneamente hacia la Plaza Roja; y como las autoridades no habían previsto una irrupción tan enorme, la milicia no logró dominarla: la masa corrió en estampida, y muchas personas, mujeres y niños sobre todo, murieron atropelladas. Tales desastres habían ocurrido en el pasado en ocasión de los funerales o las coronaciones de los zares.

El féretro con el cadáver de Stalin fue conducido a la cripta del mausoleo en la Plaza Roja y colocado allí junto al de Lenin. Durante la noche el nombre de Stalin fue inscrito junto al de Lenin en el muro exterior del mausoleo. Pero algún tiempo después el cadáver habría de ser expulsado del santuario y el nombre borrado. La posteridad, acosada por Stalin, desconcertada por el legado de su régimen, y sin embargo todavía incapaz de superarlo y trascenderlo, sólo intentó por el momento desterrarlo de su memoria.